

Boletín

de la

Asociación Española

de

Amigos de los Castillos



Año III

n.º 10

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1

Sub-Central: MADRID. Alcalá, 45

Capital escriturado	300.000.000 de ptas.
Desembolsado	286.650.000 de ptas.
Reservas	464.504.500 de ptas.
Capital desembolsado y reservas	751.154.500 de ptas.

85 SUCURSALES

61 Agencias Urbanas en: Alicante, Baracaldo, Barcelona, Bilbao, Córdoba, Granada, Madrid, San Sebastián, Sevilla, Tarragona, Valencia y Zaragoza.

110 Agencias de pueblos en diferentes provincias

Extensa Red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.531)

8
7



Utilizando como fondo el histórico castillo árabe de Clavijo (Logroño), Casado del Alisal pintó el magnífico lienzo que reproducimos, existente en una de las capillas laterales de la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, evocando con su admirable composición la célebre batalla, en la que es tradición que el Apóstol Santiago enardeció con su aparición a las huestes españolas que vencieron al enemigo musulmán. La fecha del 25 de julio, fiesta del Patrón de España, nos hace recordar la histórica epopeya en la que el castillo hubo de tener gloriosa participación. Sobre la fecha y lugar de tal hecho existen tan variadas opiniones de los cronistas antiguos, que mientras se aclaran, preferimos quedarnos con la tradición emotiva y sentimental.

SUMARIO

	<i>Págs.</i>
Editorial	51
El castillo de Motos y su leyenda, por D. José Sanz Díaz	52
El castillo del Cid. Alcázar del amor y de la raza, por D. José Antonio Ochaita.....	55
Itinerarios de castillos. Castillos del oeste de la provincia de Madrid, por D. Federico Bordejé... ..	60
Obituario. El Excmo. Sr. D. Francisco Hueso Rolland. Excursión colectiva a los castillos de Torija, Jadraque, Sigüenza y Palazuelo, en la provincia de Guadalajara	81
Excursión colectiva a Alcalá de Henares y Santorcaz, en la provincia de Madrid; Pioz, Lupiana, Pastrana y Zorita de los Canes, en la de Guadalajara	90
Excursión colectiva a los castillos de Villafranca, Villaviciosa de Odón, Arroyomolinos, Batres, Torrejón de Velasco y Chinchón, de la provincia de Madrid, por D. Antonio Prast.....	98
Conferencia del Ilmo. Sr. D. Federico Bordejé Garcés. El primitivo castillo de la Mota de Medina del Campo y sus restauraciones del siglo XV....	101
Conferencia del Excmo. Sr. D. Francisco Iñiguez Almech sobre el castillo de la Aljafería de Zaragoza, por D. Federico Bordejé	106
Croniquilla de un viaje: Colón, Pedraza, Castilnovo, por D. Juan Sampelayo.....	113
Noticias	115
Bibliografía, por D. E. S. A y D. J. S. y D.....	117

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO III

JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE 1955

N.º 10

EDITORIAL

La aparición del presente número 10 de nuestro BOLETÍN poco después del 18 de julio, fecha de tan ecoica y general resonancia nacional, brinda a la Asociación Española de Amigos de los Castillos una excelente coyuntura para sumar su voz, consciente y entusiasta, a la de la Prensa, que con la debida unanimidad proclama el alto significado de la que ya es efemérides gloriosa, cuyo alto contenido, a la vez castrense, cívico y laboral, representa la más puras esencias patrióticas, hoy revalorizadas en la perspectiva histórica.

Los castillos españoles entrañan, según reiteradamente venimos afirmando en estas mismas páginas, una manifestación de espíritu y españolidad no sólo simbólica, sino de realidad efectiva, como reflejo de algo que es sustancial al ser y al destino patrios. Su pasado prócer y su existencia actual—ésta aunque, desgraciadamente, tan menguada—confieren honor a todos los españoles y, a la vez, les exigen el deber de conservarlos y exaltar su importancia, contribuyendo así a desarrollar la general afección hacia su significado. Ningún día mejor que el 18 de julio para proclamar lo legítimo de nuestro anhelo, digno de cristalizar en una corriente de efectivas asistencias que tanto ennoblecen a cuantos nos las prestan, por alentar el ideario de la España renovada.

Pese a las inevitables incomprensiones e indiferencias, es bien patente el entusiasmo de nuestros seguidores en la tarea emprendida, que marca ya una ruta recta y concreta por donde avanzamos indecadenes en nuestro optimismo. Optimismo que no es vano, por muchas razones, entre las que queremos resaltar la égida que supone el Decreto de defensa de los castillos españoles que, en 22 de abril de 1949, dictó nuestro Presidente de Honor, S. E. el Caudillo Franco, Jefe del Estado y Generalísimo de sus Ejércitos. Con sólo mencionar la existencia de tal Decreto, robustecemos nuestra fe y nuestra esperanza en la consecución propinqua de cuantas aspiraciones sentimos en relación con los castillos españoles.

EL CASTILLO DE MOTOS Y SU LEYENDA

Por JOSÉ SANZ Y DIAZ

En esa especie de cabo que forma el antiguo señorío de Molina al adentrarse en la provincias de Teruel, se alza un pueblecito—Motos—desde los siglos medievales. Era de siempre un burgo laborioso y recoleto, rodeado de pinares y en invierno de nieves, al que un caballero feudal y un tanto brigante, Don Beltrán de Oreja, coronó en tiempos de Enrique IV con áspera y murada fortaleza. Fué el castillo de Motos nidial de esa ave de rapiña, armada de lanzón y vestida de cota de malla, que un día entre los días llegó a los confines del señorío molinés desde el fondo de las Alcarrias. Nada noble debía llevarlo a levantar sus torreones almenados sobre el cerro de Motos, cuando lo primero que hizo fue cambiar su nombre verdadero por el de Alvaro de Hita, villa de donde era vecino y natural. Parece que abofeteó en Cortes a un inviolable procurador, y que a Motos se vino, huyendo del hacha del verdugo.

Fuera ello como quisiera, el hecho es que el meteco caballero de Motos dotó a las cuarenta y tantas casas del burgo molinés de un soberbio castillo, desde el cual solía devastar con sus gente de armas la frontera aragonesa. Como hombre linajudo, sabía empuñar las armas con bravura, y no hemos de ser muy severos al enmarcar su silueta feudal en los años turbulentos del siglo XV.

Cuenta una leyenda, que yo he recogido en la Sierra de labios de la tradición—inédita hasta ahora—, que un día, al volver de sus algaras, trajo consigo a una bellísima doncella raptada en tierras de Aragón. La encerró en la cuadra más confortable del castillo de Motos, y allí la tuvo secuestrada varios inviernos, sin más compañía que una vieja criada, hasta que, loca de tristeza y de aislamiento, entregó su alma a Dios.

La cautiva solía asomarse a los estrechos ventanales y aspilleras de la fortaleza, que era de aparejo rudo y poligonal, absorta en la contemplación del paisaje, y de pronto empezaba a cantar. Así evadía de la triste realidad. Abajo, y por doquier desparramaba la vista, los pinos aparecían humildes al pie del castillo, que alzó con exaltación de ave de presa el caballero de Motos. Era de noche, y la mole de un torreón padrastro ocultó durante algún tiempo el ascenso de la luna, que cabalgaba a lomos del monte. La fábrica imponente de la casa feudal defendía

los edificios modestos del llano, y nadie se acercaba a Motos sino en son de paz. Concordaba el castillo montaraz con el sitio agres- te en que fue levantado, con las nubes espesas frecuentes, con las águilas y con el misterio verde de las próximas selvas de Bronchales y de Orihuela del Tremedal, ya en territorio de Albarracín. Recibe del presente aislamiento una tremenda y mu- da majestad pétreo, que turban con el favor de la noche en el ánimo de la cautiva los duendes vocingleros.

La flor oculta en una gruta no se consume con mayor des- dicha que esta bellísima doncella aragonesa raptada por el caballero de Motos, en el recato de la torre silenciosa, muy cerca de las nubes revueltas en la fuga de los gélidos vientos inverna- les de la serranía. Permanece insensible en medio del frío y de las tinieblas, que apenas aclara goteante almenara detrás, cla- vada en los intersticios del muro, con la osadía demencial del ave en el vértice de un mástil. Su alma prisionera se alivia del clima helado, del cielo oscuro, del silencio medroso, del paisaje desierto, con el espectáculo de la nieve, que se extiende como alba vestidura sin fin hasta más allá de Ródenas, Tordesillas, Alus- tante y Monterde. En el caserío ha vestido de novia la vieja pa- rroquia de San Pedro Apóstol, y de albo monaguillo la ermita de San Sebastián. La cautiva solloza y recuerda entonces el mármol blanco y frío que guarda las cenizas de su madre, a cuyo lado anhela descansar.

Aterida, se refugia en su cámara, cabe la enorme chimenea encendida con troncos de encina, a disfrutar de la muda com- pañía de los mansos mastines y del ciervo domesticado, cuya enramada testa abatía en tiempos la tierna gala de los montes, felices en su libertad. Los animales se tienden a sus pies cuando suscita la angustia honda y trémula del arpa, mientras afuera se desmaya la luna sobre las nevadas almenas en la noche in- mensa, sudario blanco y torvo que es anuncio de la muerte.

Así escapa la bellísima y pálida doncella a su cautiverio, por la mística escala del canto encumbrado y solitario. Cultivaba el divino atributo a la manera de pío ejercicio que consume la vida y apresura el tiempo. Esperaba la hora última con himno melo- dioso, por merecer de tal modo el sitio que la fe cristiana augura entre las aladas y errantes. Venturosa esperanza de la linda cau- tiva del castillo de Motos, rescate liberal del duro encierro a que la redujo el mal caballero don Beltrán de Oreja, el que se hizo llamar con espanto Alvaro de Hita en los límites de la comarca molinesa.

Cuando el Rey don Fernando el Católico, que acabó con el feudalismo separatista, en pro de la unión de España, mandó destruir, según consigna el cronista Jerónimo de Zurita en sus

«Anales de Aragón», la fortaleza de Motos, convertida en madriguera de brigantes, se encontró en una apartada cámara del torreón principal, el arpa de la cautiva y otros enseres que fueron de su pertenencia.

Quizá este cautiverio sea la página más cruel y romántica que escribió con sus hechos el tristemente célebre caballero de Motos, natural de Hita, en las Alcarrias.

Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

Oficina: Calle del Carmen, 12, 2.º dcha. - Teléf. 21 94 91

Horas: De 5 a 9

Precios de suscripción

Un año. 40 ptas.

Número atrasado 12 »

EL CASTILLO DEL CID

ALCAZAR DEL AMOR Y DE LA RAZA

Por JOSÉ ANTONIO OCHAITA

Estos muñones, roídos y gloriosos, que aquí ves, componen algo de lo que fuera la silueta del castillo del Cid, baluarte famoso en las Castillas, y hoy, por la mordedura del tiempo y de los hombres, estandarte mellado, pero firme, de la grandeza feudal y real de Hispania, viva y edificante en estos restos de su corona medieva, asombro luego de todas las edades.

El cerro que lo mantiene es una perfección geográfica sin pareja; un cono de rocas calizas, donde arraigaron olivos y viñedos, poniendo el verdor de su esperanza en lo agrio de las epopeyas olvidadas. Abajo, el pueblo, Jadraque, todavía sumiso a la sombra mandataria de los torreones, como si en ellos se fuera a enarbolar la enseña capitana de los Mendozas, triunfante desde estas Alcarrias hasta la Sevilla y la Granada de don Fernando el Santo, o de la no menos santa doña Isabel, la de la completa unidad.

De tradición cidiana es la vieja fortaleza, única que en toda la patria lleva encima el patronímico de su señor: ¡Castillo del Cid!

¿Anduvo por ella Rodrigo Díaz de Vivar, cuando, de paso para Valencia, levantó algaras por toda la campiña del Henares, dándose cara a la Guadalajara de los Valies?

Si no Rodrigo Díaz, sí su lugarteniente—segundo Cid—, Alvar Fáñez de Minaya, quien solidificaba las conquistas, que en Rodrigo tenían como un resplandor maravilloso, casi irreal.

Ejecutorias de los siglos XI o XII son estas piedras, que aún no perdieron su equilibrio ni su abolengo milenario. En las *Relaciones*, que Felipe II mandó hacer de los pueblos de España, ya se tienen en cuenta estos derechos de primogenitura. Dicen así, con su ortografía clásica:

«A poco sitio de la Villa de Xadraque, ay un Castillo fuerte, mui bueno, que se nombra «Castillo del Cir», el qual y sus edificios son de cal y canto, e que está fundado sobre peñas.»

Escrito esto a mediados del siglo XVI, ya llevaba el castillo del Cid quinientos años de patriarcado. Don Juan II había puesto los ojos en él antes que don Felipe sus «Relaciones». A él se le debe la erección de «la tierra de Jadraque», segregada del señorío de Atienza, y sujeta toda a los ojos vigilantes de almenas de su castillo, que con ello adquiriría un aire de tutela sobre la infan-

cia de esta «tierra de Jadraque», nacida por un emancipador deseo de don Juan.

Pronto el castillo había de vincularse a linajes nobiliarios. Gómez Carrillo, «el feo», camarero prócer del Rey, ayuntaría con doña María de Castilla, nieta de don Pedro el Cruel, y a ellos iría la posesión de la fortaleza jadraqueña como regio regalo de bodas. ¡Y qué regalo! ¡Qué balcón para una noche de luna de miel, el antepecho murado del castillo, desde cuya altura el cielo era un infinito sembrado de estrellas, y la tierra, una extensión infinita y aromada, con rumor de oleaje de mar...! ¡Lástima que los hijos de este matrimonio no supieran conservar lo que fuera nido de amor del camarero del Rey don Juan y de la nieta del Rey don Pedro, Rey más enamorado que cruel! Salió el primogénito medio loco, y enajenó la fortaleza al alcaide de Medinaceli, que tampoco la hubo mucho tiempo, ya que en Sigüenza se alzaba la llama morada del obispo don Pedro González de Mendoza, deseoso de que su mitra tuviese por solio y baldaquino el castillo del Cid, que tanto hablaba de las luchas centenarias en defensa de la fe.

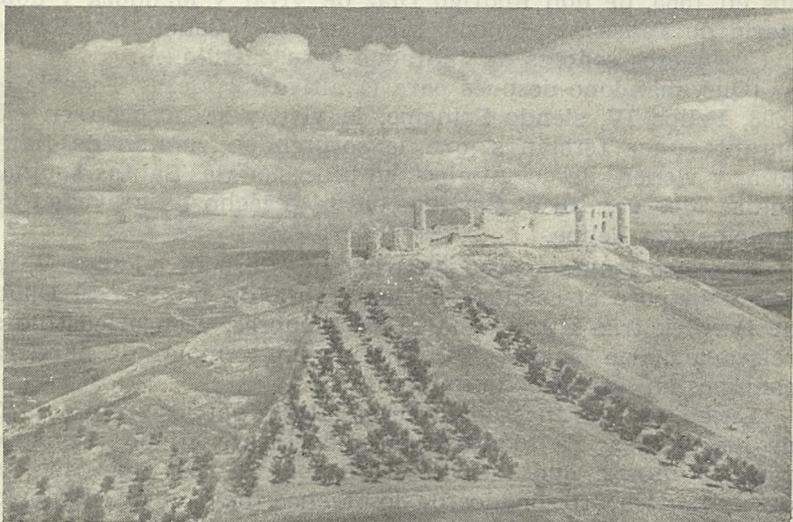
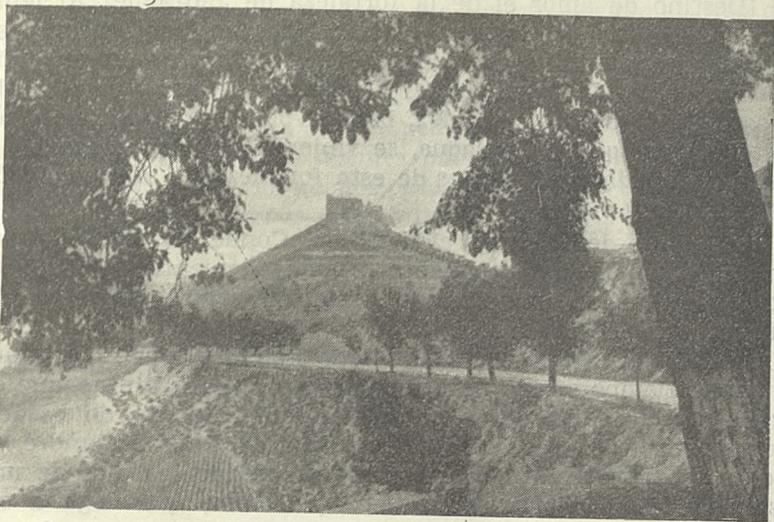
Compró el prelado el castillo, dando por él la Alcaldía Mayor de Toledo, amén de otros lugares y no poca pecunia. Se firmó la escritura en Guadalajara, a 23 de noviembre de 1469, con doña Isabel y don Fernando sobre el trono del «monta tanto».

Don Pedro, el cardenal, rehizo el viejo castillo de arriba abajo; curó sus heridas desportilladas; restauró sus torres; alhajó sus salas; puso hombres de guarnición en sus troneras, y alegró con trovadores el antiguo silencio de su senectud. Revivió el castillo de Jadraque, y el pueblo creció y se esponjó a la sombra del Cardenal, que si en Sigüenza tenía Catedral y Cabildo, aquí tenía fortaleza y palacio, y un horizonte infinito por donde dejar vagar los ojos en contemplaciones de patria ya conseguida.

Tuvo también el Cardenal «sus pecados».

«Los bellos pecados del Cardenal», que decía, muy comprendora de miserias humanas, la señora reina doña Isabel. Fueron sus hijos, don Rodrigo y don Diego, hermosos como el gozo mismo e impetuosos como la sangre pecadora de su progenitor, el mundano Cardenal.

Don Rodrigo antepuso a su apellido Mendoza los de *Díaz de Vivar*, en recuerdo del viejo Cid, del que le hablaba perennemente el ingente castillo comprado y rehecho por su padre. Usó el título de Marqués del Cenete y fue el primer señor de la villa de Jadraque, cuyo caserío tenía, como alfombra, a los pies de la fortaleza cidiana. El otro «pecado», don Diego, fue Conde de Mérito y Virrey de Valencia, que también le recordaba, por lo bien ganada, al famoso Cid Campeador.



Vistas exteriores del castillo de Jadraque.

(Fot. Revista Geográfica Española)

¡Destino de amor el de la fortaleza de Jadraque! Al igual que doña María de Castilla y Gómez Carrillo, aquí pasaron su ardorosa luna de miel el Marqués del Cenete y su mujer, doña Leonor de la Cerda, hija del Duque de Medinaceli, que allí casaron, el 8 de abril de 1492, bajo el padrinazgo de los Reyes Católicos, y aquí, a Jadraque, se vinieron no bien se acabó el festejo de bodas, anhelantes de esta fortaleza de amor, colgada entre tierra y cielo.

Usa ahora don Rodrigo el título de «Conde del Cid», y apura en Jadraque su enamoramiento primerizo, mientras doña Leonor, su mujer, va amarilleando, como un jazmín comido por el fulgor astral de la luna.

Enviuda tan joven el Conde—tiene treinta y ocho años—, que le queda tiempo y vida para muchas cosas. Para tantas, que en Italia, donde salta desde Jadraque, está a punto de casarse nuevamente con Lucrecia Borgia, la hija del Papa Alejandro VI. No es así, porque en el camino se le enredan los ojos de una española, doña María de Fonseca y Toledo, que llega a ser señora de Jadraque y su fortaleza, al cambiar alianzas de oro con el viudo Cenete, que dejó en Italia buena condición de galán campeador.

En la Capilla de los Reyes del Convento de Santo Domingo de Valencia yacen los bultos—en mármol de Carrara—, labrados en 1565, de don Rodrigo Díaz de Vivar y Mendoza y doña María de Fonseca y Toledo, marqueses del Cenete, condes del Cid, primeros señores de Jadraque y su castillo...

¡Qué abandono después para la altiva fortaleza! Todavía en 1603, Felipe IV, siendo Príncipe, la vive y se hospeda en ella durante unas tercianas, que le sorprenden camino de Zaragoza, y vienen, desde Atienza, en procesión, las Santas Espinas, que se albergan en el Castillo, junto al lecho de gravedad del príncipe don Felipe.

Con otro Felipe—ya no Austria, sino Borbón—, Felipe V, recobra un poco el castillo su vieja fanfarria militar. El Duque de Berwick trae a Jadraque 15.000 hombres, y en el castillo se releva a diario la guarnición, y hay un tremolar de banderas con lises en los recios murallones...

Luego, en la francesada, nuevos latidos patrios en el corazón de las piedras. Ya todo está vencido, desvencijado; se agrietan los muros, que estuvieron recubiertos de tapicerías; se descuajan los artesonados de los techos, bajo cuyo entramado resonaron las cantigas provenzales y las «serranillas» del vecino Arcipreste... Todo lo fue perdiendo, poco a poco, menos su alto mirador de estrellas, que en las noches profundas le siguen quemando con su resplandor supraterráneo.

En 1889, el Municipio de Jadraque compró el viejo castillo del Cid por la cantidad de *trescientas* pesetas.

¡Dinero salvador! Gracias a él, la fortaleza tiene un dueño: el pueblo, y el pueblo, un libro inmortal: la fortaleza...

A los Amigos de los Castillos pedimos, desde aquí, una mirada de amor, un gesto de ternura para el viejo Castillo del Cid, ciudadela que cobijó los «bellos pecados» del Cardenal, comprendidos y disculpados por la reina y madre Isabela...

Galerías

Preciados

Madrid

ITINERARIOS DE CASTILLOS

CASTILLOS DEL OESTE DE LA PROVINCIA DE MADRID

I

PINTO, ARROYOMOLINOS Y VILLAFRANCA DEL CASTILLO

Hemos dicho muchas veces y conviene repetirlo, que una de las singularidades más valiosas de los castillos españoles reside en su estrecha identificación con el terreno, refiriéndonos, no precisamente a su adaptación a los lugares de sus respectivos emplazamientos, elemento capital a que toda fortificación ha de atender, sino con la topografía o relieve del suelo a cuya defensa fueron destinados. Ello demuestra, una vez más, las nobles condiciones de origen de nuestras fortalezas, encaminadas en su mayor parte, más que a fines particulares o residenciales, que solamente las construídas en el siglo XV alcanzaron, al constituirse el régimen de señoríos, a unos destinos de defensa colectiva o, si se quiere, nacional, esto es, de puro servicio estratégico y militar. Lo que excluye toda esa vulgar literatura y los tópicos con que de ordinario se les considera.

Uno de los ejemplos bien palpables de esa identificación y de la necesidad ineludible de estudiar los caracteres del suelo en que se levantan, nos lo ofrecen las obras fortificadas de la parte occidental de la provincia de Madrid, las cuales, en armonía con el terreno, apenas si tienen ningún poder ni desarrollo, sobre todo si se las compara con las de la vertiente oriental. El relieve constituía por sí solo una fuerte defensa, al estar formado por una orografía difícil, muy poco surcada o rota por esas grandes vías de penetración que fueron las cuencas de los ríos, aquí tan sólo representadas por la muy limitada del Guadarrama, con sus escasos y pequeños afluentes y, ya al Sudoeste, por las aguas del más caudaloso Alberche, que en una leve y accidental curva de paso atraviesa esta provincia, para internarse después en la de Toledo, en la que formará una seria línea defensiva.

Por contraste también con lo que sucedía en el Este, la sola vía romana de que se tenga noticia en la región que estudiamos, era la que desde Astorga se dirigía al Sur, descendiendo por Coca y Segovia, para seguir hasta Madrid por la Fuenfría y continuar después hacia Titulcia. Se conoce igualmente la existencia de otra vía o ramal que desde la capital seguía al Tajo, por Parla, Torrejón de Velasco y Esquivias. Pero

los itinerarios de estas vías son sumamente imprecisos y, de hecho, no se encuentran en esta parte ciudad ni posición romanas bien definidas, pues la de *Roberetum*, en la que se ha querido representar a Robledo de Chavela, parece corresponder a otro lugar de igual nombre, cerca de Ponferrada, que, según Ceán Bermúdez, formaba la quinta mansión de la vía de Braga a Astorga. El antiguo puerto de Velatome, frontera del reino musulmán de Toledo en el siglo XI, que era otra vía romana de León a Avila y Toledo, a través de la sierra de la Paramera, apenas si afloraba a esta provincia, pues que, penetrando por El Barraco y El Tiemblo, en San Martín de Valdeiglesias, salía inmediatamente para dirigirse a Escalona y, por Maqueda y Torrijos, continuaba hasta la capital visigoda. Esta vía, frecuentada y utilizada durante el período medieval, base de la presente carretera, no puede ser considerada como perteneciente a la región occidental madrileña, que, de modo general, debió estar excluida del sistema latino de comunicaciones.

Si se mira a la topografía de la parte de que hablamos, se advertirán los siguientes caracteres: disminución de la habitabilidad, es decir, de pueblos y lugares, en relación con los que existen en el Este, en donde la densidad es mucho mayor y de medios más fáciles y desenvueltos. A ello sigue la carencia de restos o vestigios de la vida antigua, apenas descubiertos o existentes, en tanto que en la parte opuesta abundan hasta el punto de que no existe un lugar o despoblado que no acredite un techo arqueológico, más o menos elevado, remontado a veces hasta las edades clásicas. Esta ausencia de antecedentes no excluye la posible antigüedad de algunos de los pueblos, pero también se justifica por las razones que exponemos. El suelo dificultó por sí mismo las corrientes o avenidas de penetración, y no hay más que fijarse en las vías por donde corrieron los hechos históricos de la Alta Edad Media, desde los primeros ataques de los Reyes asturianos y leoneses contra Madrid y Toledo y las correspondientes reacciones de los árabes, para ver que, salvo al SO., esta extensa región quedó al margen de los sucesos y accidentes que distinguen a los primeros períodos medievales.

Consecuencia de esas causas será la no existencia de grandes y antiguas fortalezas, extremo que asimismo alcanzará a las dos provincias limítrofes de Avila y Segovia, las cuales, a pesar de su gran importancia y actuación en el proceso histórico de esta meseta central, se hallarán igualmente privadas de esa cantidad de obras y defensas que otras provincias interiores, como Valladolid, Burgos y Soria, antes rescatadas y liberadas del yugo musulmán, poseerán en abundancia. Algunas veces se ha mos-

trado extrañeza de que las dos provincias citadas cuenten con tan pocos castillos y de que, por oposición a las robustas defensas de sus respectivas capitales, aquéllos apenas tengan la extensión y medios de muchos otros de las que los rodean. A lo largo de toda la raya o divisoria con Madrid, Segovia no nos mostrará castillo alguno, en tanto que Avila no podrá enseñarnos más que dos—las Navas del Marqués y la Adrada—, situados en algunos portillos que los justifican. En cambio, ha de notarse que en cuanto descienden los contrafuertes de ese extenso sistema orográfico que de la sierra de Guadarrama a la de Gredos cubre y protege a estas regiones y se llega al relieve ya algo atenuado de Toledo, surgen las barreras defensivas, con una densidad o acumulación de castillos pocas veces igualada, según podemos ver en esas líneas fortificadas que, desde Alamin y Escalona hasta Barciencia, o desde Casarrubios a Canales e Illescas, y también la dirigida por Seseña, Villaluenga y Magán cierran todas las avenidas madrileñas, para converger hacia Toledo a modo de fuerte y protectora coraza. Siendo de notar igualmente que si algunos de los castillos de esas líneas corresponden a las construcciones señoriales del siglo XV, las llaves que las sostienen y ligan—Alamin, Escalona, Maqueda, Canales, Illescas y Villaluenga—pertenecieron a la primitiva organización musulmana y fueron grandes, poderosas y auténticas fortalezas.

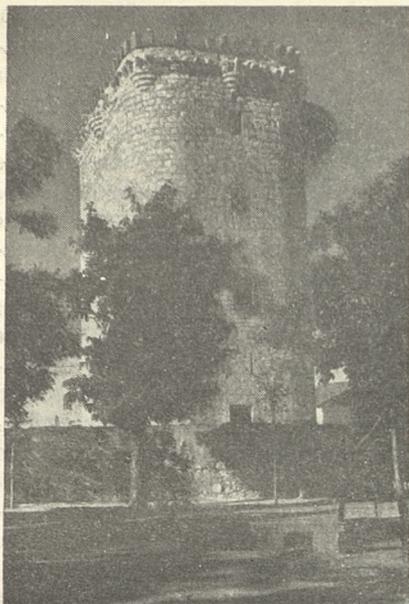
Exponemos estas manifestaciones previas por las afirmaciones que habremos luego de hacer sobre los castillos madrileños que vamos a describir. Las muy escasas excepciones confirman la regla. La fantasía ha acumulado sobre ellos muchos decires y leyendas. Falto de realidad. Por el mecanismo ya bien conocido que ha servido de vehículo para su transmisión, resulta labor bastante ingrata el tener que descomponer y negar lo que el tiempo, la costumbre y, sobre todo, la falta de unos estudios serios y bien fundados han dado ya cual cosa cierta e indudable. Como hace unos días exponía el Teniente Coronel de Ingenieros Sr. Correa Veglisson, en una notable conferencia sobre las antiguas fortificaciones de Toledo, casi todos los escritores que se ocuparon de estos temas no hicieron sino copiar de uno a otro lo que de lejos venía, sin ninguna comprobación que atestiguara la menor idea original. Método fácil y cómodo, por desgracia demasiado utilizado y, por lo mismo, muy difícil y costoso ahora de combatir.

Los antecedentes documentales y los escasos vestigios subsistentes señalan al oeste y sur de Madrid una serie de castillos

o «castillejos», de cuya composición y antigüedad no se conoce noticia alguna concreta. Tales son los de Canencia, Valdemaqueda, El Campillo, Villanueva de la Cañada, Quijorna y Navas del Rey, a los que pudieran unirse los que las tradiciones locales sitúan sobre los riscos de Amorelón, alzados sobre San Martín de Valdeiglesias y sobre la ingente Peña de Muñana, que domina a Cadalso de los Vidrios. Como es de rigor, todos estos castillos desaparecidos se atribuyen a los tiempos árabes, sin que haya nada que los justifique, si no son las manifestaciones transmitidas por las *Relaciones Topográficas*, de Felipe II, o por leves recuerdos taponímicos. Mas por lo que podemos ver en los monumentos aun en pie, hay muchas probabilidades de que esos castillos o «castillejos» fueran unas simples torres defensivas, más tarde convertidas, como en El Campillo y Batres, en unas casas fuertes. Torres elevadas, cual convenía a las condiciones del terreno, para vigilar unas posibles incursiones por los altos y escabrosos accidentes de las sierras y para componer un sistema de comunicaciones entre Madrid y las regiones colindantes. A no ser que, como sucedió con el primitivo castillo del Real de Manzanares y con Viñuelas, fueran unas pequeñas fortalezas, erigidas como señal de pertenencia por la Comunidad de Segovia, a cuya «tierra» o «sexmas» todas estas regiones, hasta Chinchón, pertenecían. Castillos reducidos o limitados a representar la jurisdicción de la histórica ciudad, tan celosa y empeñada en conservar las prerrogativas alcanzadas de los Reyes, según podemos ver en Colmenares.

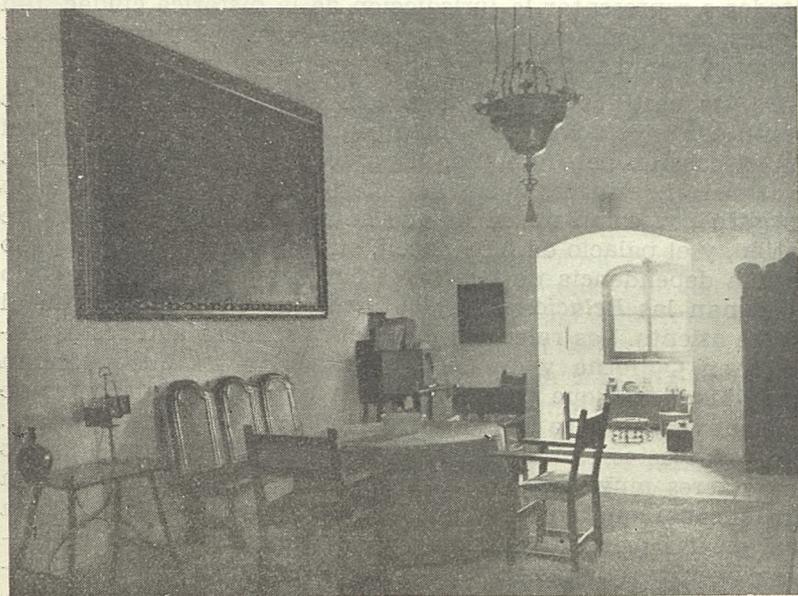
De los castillos citados, tan sólo acusan su presencia los aparentes restos advertidos en la pequeña «Mota» de Navas del Rey, el caserón del Campillo, al parecer restaurado en tiempos de Isabel II, esto es, hacia la mitad del siglo pasado, que lo desfiguró por completo, si es que antes tenía figura exacta de castillo, y el palacio de Medinaceli, en Valdemaqueda, que pudo ser una dependencia de las Navas del Marqués, a cuyo señorío lo asignan las *Relaciones Topográficas* de Getafe, y frente al cual se asienta. Las referidas *Relaciones* señalan aún restos antiguos en Quijorna y en La Despernada, a los que pudieran unirse las torres que parece sirvieron para las fundaciones de los monasterios de la Cabrera, Guisando y el «Val de Iglesias». Pero todos estos testimonios y vestigios denotan unos orígenes y caracteres muy nebulosos e inconcretos y hay mucha razón para suponer que en ninguno de esos lugares se alzaron otra cosa que las primitivas torres a que aludíamos o unas reducidas y no muy lejanas fortalezas, cuyo renombre no ha subsistido sino en unas simples referencias estrictamente locales.

En lo concerniente a los recintos fortificados urbanos, aprecia-



Torre de Pinto.

(Foto de la *Revista Geográfica Española*.)



Interior de uno de los pisos de la torre de Pinto.

mos igual limitación, pues que, salvo Torrejón de Velasco, San Martín de Valdeiglesias y Cadalso, no aparece por esta parte ningún otro lugar capaz de merecerlos. Contando, además, con que los tres recintos aludidos debieron ser, como sus respectivos castillos y palacio lo enseñan, obras del siglo XV y que las defensas de Cadalso y San Martín, unidas a la «mota» de Navas del Rey, corresponden ya a lo que podríamos llamar sistema toledano o del Alberche, por transcurrir por allí la única vía importante de comunicaciones del noroeste de la Península.

Todo hace, pues, ver que la parte occidental de la provincia de Madrid no alcanzó en el orden estratégico la importancia de las amplias y llanas vertientes del Henares, del Jarama y del Tajuña, porque su relieve orográfico excusaba la extremada defensa y atención que éstas necesitaban. Por ello y frente a aquellas fortalezas que fueron Buitrago, Alcalá la Vieja, Santorcaz, Chinchón, Casasola o Fuentidueña, para no citar sino a las más destacadas, no hay aquí nada que pueda oponerse ni siquiera aproximarse, pues que todas sus construcciones fueron constituídas, cual veremos, alrededor de una torre o se levantaron ya en fechas muy rebajadas, cuando la fortificación en estas comarcas no tenía otra razón de ser que la de representar a los dominios exclusivamente señoriales

Las obras o monumentos que hoy podemos conocer y visitar consisten en las torres de Pinto y Arroyomolinos y en los pequeños castillos de Villafranca, Villaviciosa de Odón, Torrejón de Velasco, Batres y San Martín de Valdeiglesias. Añadiremos también el célebre palacio de Cadalso de los Vidrios aunque de la obra medieval no quede ya resto alguno, si bien por sus caracteres artísticos, por desgracia hoy harto amenguados, merece igualmente atención, como las ruinas de los monasterios de Pelayos y de Guisando.

Arroyomolinos y Pinto fueron y son unas simples torres señoriales elevadas en los finales del siglo XV, que, contra lo que comúnmente se cree y tanto se ha divulgado, no tuvieron jamás recinto alguno. La «fortaleza» de Pinto, tan unánimemente citada por todos cuantos se refirieron a sus destinos de prisión, única historia que tiene, forma una de esas tradiciones ancladas que llegan a sorprender a autores tan sólidos como Marañón, quien, en su notable y documentada obra sobre Antonio Pérez, cree también en la existencia del castillo. Madoz cita, por su parte, al «castillo feudal, del que sólo se conserva un torreón», y estos dichos han sido y son continuamente repetidos, sin ninguna otra base documental ni constructiva que la tra-

dición legendaria, creada sobre la torre desde que fue destinada por Felipe II para la prisión de los tristes protagonistas del proceso por la muerte de Escobedo, la Princesa de Eboli y el desleal y depravado, aunque inteligente, Secretario del Monarca. El hecho de que el Rey señalara a la torre de Pinto como lugar capaz y fuerte para la custodia de semejantes personajes dio por resultado que su valor e importancia fueran excesivamente aumentados, y ese valor se acreció por el contraste con las fortalezas auténticas—Santorcaz, Turégano y Torrejón de Velasco—, a las que después habrían de ser trasladados dichos prisioneros. Sin ver que tanto la torre como los referidos castillos y como el palacio de Pastrana, en donde la Princesa acabara su triste aunque merecido destino, no necesitaban otra cosa que la guarda personal que los guarneciera y la confianza en el celo y fidelidad de quienes los mandaran, ya que por entonces el poder militar de todas esas construcciones medievales era completamente arcaico y pasivo.

No conocemos un solo documento en que la existencia del «castillo» de Pinto esté demostrada de modo claro y decisivo. Los pocos datos habidos nos hablan casi siempre de «la torre», sin que tampoco pueda mostrarse alrededor vestigio alguno. Y como la torre, a defecto de otros antecedentes, enseña por sí sola su primitiva construcción de torre aislada, construída hacia la mitad del siglo XV, si no es aún posterior, no puede aceptarse la fortaleza que le adjudican, cuyas condiciones, en todo caso, chocarían con la estructura de la presente construcción. Hasta podría pensarse que, como sucedió en tantos edificios militares del final del siglo XV, esta torre no llegó a ser acabada en su forma original, y basta fijarse en su extraño coronamiento o cabecera, cortado radicalmente, para apreciar que la torre sufrió en sus alturas una desviación decisiva, al no continuar allí la primitiva línea de maticanes y torrecillas que habrían de componer sus adarves, los cuales probablemente no fueron nunca terminados. Más tarde, posiblemente en el siglo XVI, cuando a la nobleza le dio por reparar sus antiguas construcciones señoriales, arruinadas o inacabadas—Coca, Cuéllar, Pedraza, etc.—, sus poseedores, que eran los Duques de Frías, pudieron pensar acaso en completar la obra, coronándola con ese raro almenaje que desvirtuó y alteró la bella prestancia que sus primitivos edificadores habían pensado darle. La forma inadecuada e ineficaz de esas almenas y hasta sus modalidades constructivas enseñan, sin ningún género de dudas, este proceso que indicamos.

Los antecedentes más antiguos que conocemos de Pinto nos los da la *Crónica* del Condestable de Luna, en la que se cita

a «Pero Suárez, señor de Pinto», como uno de los concurrentes a la batalla de la Higuera, en 1431. Sabemos después que en 1476, según unos o en 1479, al decir de otros autores, «el castillo» o «la torre» de Pinto, perteneciente al Duque de Arévalo, fue donada a D. Rodrigo de Mendoza, como premio por su mediación en la reconciliación con los Reyes Católicos de esa Casa ducal, harto comprometida en Burgos y Extremadura por su inclinación a la causa de la *Beltraneja* (1). Las *Relaciones Topográficas* de Getafe, Fuenlabrada y Perales, pues que las de Pinto no existen, firmadas en 1576 y 1578, nos dicen que Pinto era un lugar de señorío, poseído por D. Luis Carrillo, vecino de Toledo, de quien, luego de los sucesos de las referidas prisiones —la de la Princesa en 1579, y la de Antonio Pérez diez años después—, la torre debió pasar al poder de los Duques de Frías. En 1624, se creó el condado titular, sin que desde entonces el pueblo ni la torre se hayan destacado sobremanera en los sucesos históricos. Aunque Pinto, como Getafe, Leganés y otros lugares de las cercanías de Madrid, se presenten como poblados muy antiguos, de «tiempos de moros» y es muy posible que lo sean, pues que junto a Getafe existía la torre de Valcrespín, y en Leganés, la torre y poblado de Polvoranca, que aun subsiste, la documentación sobre sus antecedentes es muy confusa, pues que únicamente sabemos, por Quadrado, que Getafe, la musulmana «Xatafi», fue reconquistada, con Madrid, en 1083 y reparada en 1150, por orden de Alfonso VII. Es de creer que los poblados circundantes siguieran los mismos destinos de la capital y que fueran unas simples posiciones de vigilancia o apoyo o, mejor, algunos de tantos lugares satélites como los grandes centros musulmanes tenían a su alrededor. Pinto comparte con Getafe la posesión de un idéntico blasón, formado por un mundo, con un «punto» en su centro. La sola presentación de estas armas acredita su modernidad y, posiblemente, su caprichosa heráldica, de la que Pinto hace salir nada menos que su nombre, por una simple corrupción de las palabras «pinto» y «punto». Lo que debe sumarse a tantas otras fábulas, plasmadas, sin embargo, en realidades.

Toda la historia y la leyenda de esta torre se derivan de las referidas prisiones, que, por su importancia y sus posteriores consecuencias, dieron a tan humilde lugar un renombre uni-

(1) Sobre la exactitud de estos informes, transmitidos por casi todos los escritores, habría algo que aclarar, porque los Ducados de Arévalo y Plasencia fueron creados por los Reyes Católicos en 1476, a favor de don Alvaro de Zúñiga, hijo de don Pedro, que fue a su vez el primer Conde de Plasencia. Lo que supone que la total reconciliación de los Zúñiga con los Reyes había tenido ya lugar algunos años antes.

versal. Para penetrar en los motivos de su elección por el Rey, habría que personarse en el tiempo y en los caracteres del proceso, que exigían tener a los prisioneros fuera y, al mismo tiempo, no muy lejos de la Corte. La categoría de la Princesa de Eboli, aquella desgraciada sí que histérica mujer, a la que, con mucho acierto, Marañón señala como una de las principales responsables del desprestigio de nuestra nobleza, hasta entonces bien afirmada y adentrada en el respeto del pueblo, y el singular poder alcanzado por el venal Antonio Pérez, ducho, según luego se vio, en revolver y alterar sin ningún escrúpulo todas las legalidades, obligaban a ponerlos desde el primer momento en unos cercanos, pero seguros, encierros, para lo cual la torre de Pinto se prestaba. La Princesa fue trasladada allí, en la misma noche del 28 de julio de 1579 en que se la detuvo, de donde pocos meses después será llevada al castillo de Santorcaz, al objeto de que tuviera mejor alojamiento. Antonio Pérez, recluído en principio en su fastuosa residencia de Madrid, la célebre quinta de la calle de Santa Isabel, fue conducido más tarde a Turégano y Torrejón de Velasco, hasta que en junio de 1589, por las necesidades de la causa, fue transferido a Pinto. Dada la escasa habitabilidad de esta torre, el antiguo Secretario tuvo por fuerza que ocupar la misma cámara que diez años antes había servido de alojamiento a su revoltosa cómplice, y en esta forzada coincidencia se ha querido ver, por parte del Rey, lo que no era más que una cosa natural de las circunstancias del proceso y del lugar.

Con todo esto, la torre es un bello monumento, cuya restauración y conservación por la señora Duquesa de Lerma es muy de agradecer y aplaudir, como iniciativa y como ejemplo. Construída con regular aparejo de sillarejo, posee tres plantas más la plataforma, rodeada, cual dijimos, por infeliz e inadecuado almenaje, que desvirtúa sus líneas exteriores. En éstas se acusa una edificación señorial del siglo XV, coronada por una cabecera inacabada de torrecillas y canes, sobre los que debían cargar los posteriores adarves. Como era de regla en este género de obras, la puerta se alzaba a la altura de la segunda planta, a la que se ascendía por una escalera exterior, que seguramente consistiría en algún estribo o macizo fijo, salvado por una pasarela, la cual daría entrada en la torre. Actualmente, el acceso se abre en la planta baja por una puerta adintelada.

Una de las curiosidades de esta torre y de la de Arroyomolinos consiste en tener las aristas redondeadas, detalle que contribuye igualmente a fecharla, así como a demostrar su condición de obra aislada de todo recinto. Redondear las aristas o esquinas de las torres es un procedimiento muy arraigo, muy

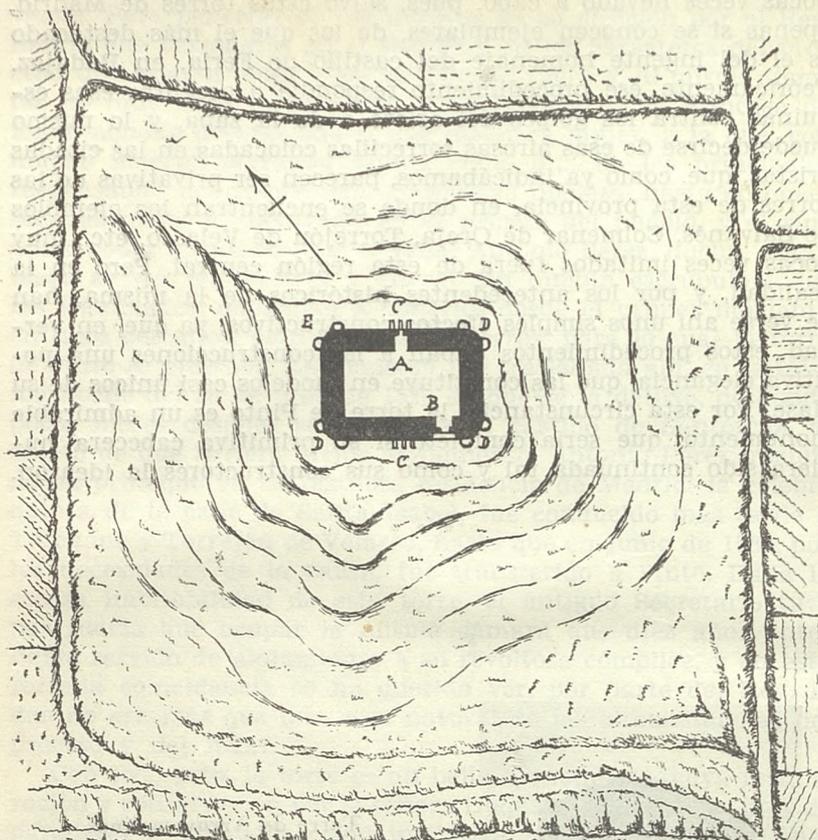
pocas veces llevado a cabo, pues, salvo estas torres de Madrid, apenas si se conocen ejemplares, de los que el más destacado es el del ingente homenaje del castillo de Feria, en Badajoz. Teóricamente, ese procedimiento respondía a asegurar esas esquinas contra los golpes del ariete o de la zapa, y lo mismo puede decirse de esas airoas torrecillas colocadas en las citadas aristas, que, como ya indicábamos, parecen ser privativas de las torres de esta provincia, en donde se encuentran los ejemplos de Salvanés, Colmenar de Oreja, Torrejón de Velasco, etc., muy pocas veces imitados fuera de esta región central. Pero en la realidad, y por los antecedentes históricos de la misma, han de verse ahí unos simples efectos constructivos, ya que, en verdad, estos procedimientos daban a las construcciones una positiva elegancia, que las constituye en modelos casi únicos de su clase. Por esta circunstancia, la torre de Pinto es un admirable monumento, que sería completo si su primitiva cabecera hubiera sido continuada tal y como sus constructores la idearon.

* * *



Torre de Arroyomolinos.

(Foto Villar.)



Arroyomolinos

Planta tomada y medida a simple
vista, desde el exterior

Dimensiones: 10 x 7 x 20 aproxi-
madamente *Federico Bordeje*

XII-VI-1955

- A = Puerta moderna
- B = Puerta primitiva de la Torre
- C = Pies de baharda o maldón
y blasones de los Reyes
Católicos
- D = Torrecillas del adarve desmochadas
- E = Blason del Comendador Chacón

Mayor elegancia y presencia conserva la torre de Arroyomolinos, y es muy de sentir que este notable edificio, aun bien conservado, se halle humillado por su presente destino de palomar y almacén. En su conmovida defensa de las viejas piedras militares ante el castillo de Coria, el bueno y severo Ponz cita a esta torre como un monumento digno de admiración. Ponz debió verla completa y decorada, y si actualmente llega aún a cautivarnos, hay que pensar en lo que supondría cuando se hallara intacta.

Como en Pinto, ha querido suponerse que esta torre de Arroyomolinos es el único resto subsistente de un castillo que tampoco existió, a pesar de que aquí la torre se halle situada en un ancho cuadro de terreno yermo, cuya regularidad parece coincidir con el amplio cuadrado de un recinto. Castillo que si ~~h~~ existido en los límites que se le conceden, hubiera sido una vastísima fortaleza. Pero, también como Pinto, el solo examen del emplazamiento de la torre, alzada sobre ligero altozano, de sus alrededores y de su forma y líneas, nos enseñan que ese castillo no tuvo lugar y que la torre fue otra simple, aunque hermosa, construcción aislada, erigida como exponente o señal de un señorío, en tiempos de los Reyes Católicos, cuyas armas y emblemas ostenta.

Del pueblo de Arroyomolinos existen muy pocos precedentes. Algún autor lo presenta como fundado en el año 1400, con el nombre de Chozas del Arroyo, cambiado después por el actual, a causa de unos molinos construidos sobre el vecino riachuelo. Lo presenta también como señorío de un Conde de Miranda del Castañar, cuyo nombre y ordinal están equivocados, pues que el primer Conde de este título, otorgado en 1457, fue D. Diego de Estúñiga, hijo del primer Conde de Plasencia, de quien lo heredó su hijo D. Pedro, muerto en 1492, cuando Arroyomolinos pertenecía ya de larga fecha al Comendador de Montiel D. Gonzalo Chacón, cuyo blasón se ve asimismo en la torre.

Don Gonzalo Chacón, Contador Mayor de los Reyes Católicos, fue una de esas nobles aunque obscurecidas figuras, a las que no se ha rendido el homenaje que merecen, por sus dotes de abnegación y lealtad. Paje y cronista del Condestable de Luna, a quien defenderá hasta después de su desastrosa caída —la crónica por él escrita es el documento más elocuente que enseña hasta dónde puede llegar una fidelidad, habida cuenta, además, del tiempo en que la escribió—, sirvió después con la misma devoción a la Princesa D.^a Isabel, en los críticos momentos que precedieron a su alzamiento al trono de Castilla, siendo uno de los más fieles instrumentos de que la Princesa se valió para lograr su casamiento con el Príncipe de Aragón. Esa fervorosa devoción continuó luego hasta su muerte, unida con la íntima amistad que su esposa D.^a Clara de Avernoes o Albornoz mantuvo con la Reina, que en los dos esposos, ya bien entrados en años, contaba como en sus más preciados y seguros servidores. De ahí provienen la concesión de Arroyomolinos, hecha en 1478 a favor de Chacón, y el Mayorazgo por él y por su mujer fundado con este señorío y el de Casarrubios del Monte, cuya escritura, fecha en Córdoba el 7 de agosto de 1484 y espléndidamente miniada, es uno de los más preciosos documentos

guardados en el archivo de los Estados de Teba y de Montijo, hoy en la casa de Alba.

La torre corresponde enteramente a la misma fecha de ese documento. Para perpetuar y, en cierto modo, justificar la creación del referido mayorazgo, don Gonzalo Chacón debió entender en la necesidad de crear en las cabezas de ambos Estados unas edificaciones señoriales que dignamente los representaran, y de allí debe provenir también el actual castillo de Casarrubios, que en casi todos sus detalles demuestra la misma procedencia y se hermana con la torre de Arroyomolinos en edad y en fábrica.

La torre, de planta rectangular, es una construcción de ladrillo rojo, limpio y bien cocido, asentada sobre un zócalo de mampuesto, asimismo bien trabado. Dividida al interior en cuatro pisos, que le proporcionan extraordinaria esbeltez, presenta por fuera unas cuantas ventanas, abiertas dentro de unos marcos del gótico flamígero de la época. Hacia la mitad de su altura se apercibe una banda de finos azulejos, suavemente decorados en azul, rodeada por otras fajas de yeso blanco, en las que parecen notarse unas tracerías o esgrafiados mudéjares. Estas bandas ornamentales circundan a la torre y se completan con otras colocadas al pie de las torrecillas de la cabecera, en cuyas basas, formadas por anillos sucesivamente degradados, se encuentran otras aplicaciones cerámicas, consistentes en unas pequeñas placas circulares, de color rojo ya muy atenuado.

Al igual que la de Pintos, con la que se confunde en ciertos rasgos, la torre tiene también redondeadas las esquinas, y como es tan esbelta, a primera vista parece poseer una tenue forma cónica, aunque de cerca se comprueba que sus paramentos son completamente verticales. Su cabecera está asimismo desmochada, con la mitad de sus ocho torrecillas, aquí colocadas por pares, para flanquear las curvas de las respectivas aristas. Las basas o pies de estas torrecillas son más finas y delicadas que las de Pinto, a cuya torre ésta supera por el esmero de su construcción, la esbeltez y ligereza de sus líneas y esos detalles decorativos que en aquélla no existen.

A la altura de la plataforma, y en el centro de los lados norte y sur, que son los mayores del rectángulo, se ven tres piedras o ménsulas labradas para asiento de unos balcones amatacanados, que, como las torrecillas, no sabemos tampoco si llegaron a ser terminados, aunque, dado el cuidado que esta fábrica ofrece en todos sus pormenores, es de pensar que el comendador Chacón se preocupara también de acabarla. La plataforma se halla hoy lisa, sin parapetos ni almenas, y no habiendo logrado penetrar en el interior de la torre, por hallarse continuamente cerrada, no podemos pronunciarnos sobre

esta importante cuestión, como tampoco podemos describir sus condiciones y estancias, de las que, por referencias, algunas, sin duda, exageradas, sabemos la existencia de unas estrechas escaleras de comunicación embutidas en el espesor de los muros y de un hondo pozo, sobre el que recaen las leyendas que a todos estos elementos acompañan.

Debajo de cada uno de los citados matacanes aparecen sendos escudos de mármol blanco, primorosamente esculpidos, de los que el del Sur lleva las armas de los Reyes Católicos, y el del Norte, el emblema de sus flechas. El blasón del comendador Chacón, soportado o timbrado por la Cruz de Santiago, se coloca, en señal de respeto al de los Reyes Católicos, sobre el ángulo NO., mucho más bajo, en otra piedra de mármol igual a las de los anteriores.

La puerta original de la torre, pues la que hoy posee en el piso bajo es moderna, se abría a un costado del frente sur,alzada a la altura de la segunda planta y encuadrada dentro de un hundido arrabá que, en lugar de molduras, poseía otra banda de esgrafiados sobre yeso blanco, en juego con las que rodeaban a la estrecha entrada. Como en esta puerta, hoy murada con ladrillos, no se aperciben vestigios de sus disposiciones de acceso, ni tampoco de defensas, ignoramos cómo podían subir a la torre, aunque nos figuramos que sería por medio de otro estribo y escalera fija, colocados ante ella, desde donde se lanzaría la necesaria pasarela. Este procedimiento fue corriente hasta en las torres de costa erigidas en el siglo XVII, de las que quedan algunos ejemplos, cuyas planos pudiéramos mostrar.

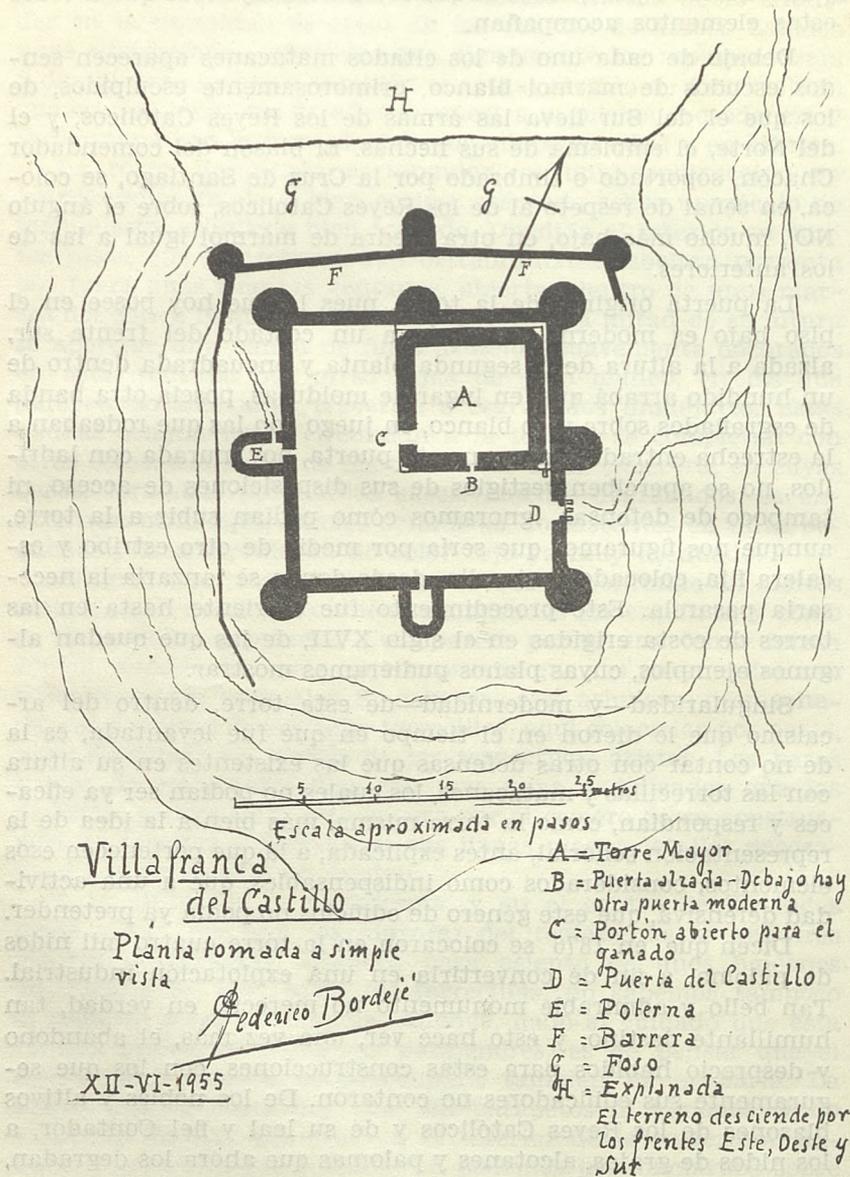
Singularidad—y modernidad—de esta torre, dentro del arcaísmo que le dieron en el tiempo en que fue levantada, es la de no contar con otras defensas que las existentes en su altura con las torrecillas y matacanes, los cuales no podían ser ya eficaces y respondían, como la torre misma, más bien a la idea de la representación señorial, antes explicada, a la que pertenecen esos elementos, considerados como indispensables, que a una actividad defensiva, que este género de edificios no podía ya pretender.

Dicen que en 1876 se colocaron en la torre cuatro mil nidos de paloma, a fin de convertirla en una explotación industrial. Tan bello y admirable monumento no merecía, en verdad, tan humillante destino, y esto hace ver, una vez más, el abandono y desprecio habidos para estas construcciones, con los que seguramente sus edificadores no contaron. De los nobles y altivos blasones de los Reyes Católicos y de su leal y fiel Contador, a los nidos de grajos, alcotanes y palomas que ahora los degradan,

hay ciertamente una enorme y lamentable distancia, que demuestra patente y dolorosa insensibilidad.

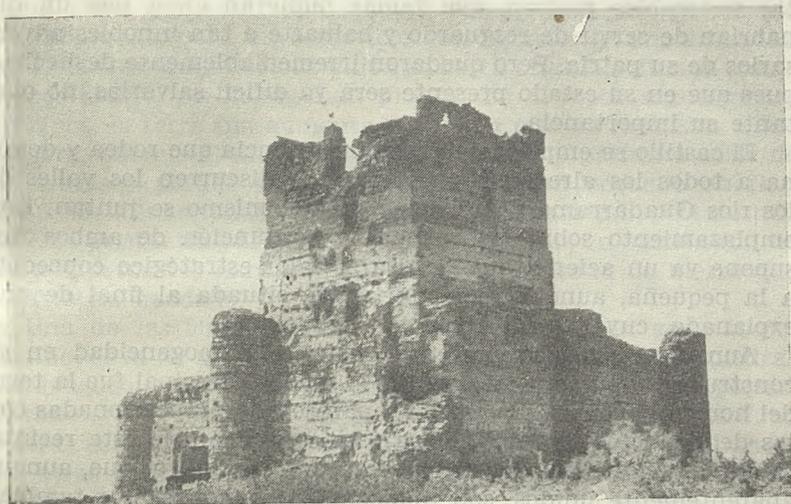
* * *

A pesar de estar situado en las cercanías de Madrid y de su



valor arqueológico, al que el de Buitrago solamente supera, el castillo de Villafranca es completamente desconocido. Proviene de un des poblado que debe ser muy antiguo, pues que en las *Relaciones Topográficas* del pueblo de La Despernada, nombre con que entonces se denominaba a Villanueva de la Cañada, Villafranca del Castillo aparece ya como una simple dehesa de don Luis de Toledo, vecino de Madrid, destino que hasta ahora ha conservado al estar dentro de una extensa finca, que lo aprovecha como corral de ganado.

Según las citadas *Relaciones*, La Despernada traía su extraño nombre de una estatua mutilada, situada a la entrada de un pa-



Castillo de Villafranca.

(Foto Villar.)

lacio o castillo que los Reyes poseían allí, utilizado para sus monerías. Dicho palacio o castillo ha desaparecido, no quedando de las varias y antiguas ruinas señaladas en el término del pueblo más que esta fortaleza de Villafranca, de la que se desconocen todos los antecedentes, salvo la curiosa leyenda, contada en las *Relaciones*, que convierte al arrasado poblado en el lugar natal del célebre Barbarroja, el temible corsario de Argel. Leyenda admitida con la mayor ingenuidad por los firmantes, que, por los modos como está expresada, debió hacer sonreír a Felipe II, cuyo origen pudiera acaso buscarse en los dichos de aquel soldado del Emperador, Juan de Baracaldo, natural y enterrado

en la iglesia de Valdelaguna, cuyos habitantes ponderan también sus servicios, entre los que figuran su prisión en Argel por Barbarroja, en la desgraciada expedición de 1541.

La sola historia conocida de Villafranca del Castillo es muy reciente y, además, muy desgraciada. Consecuente, como todos los castillos españoles, con su destino militar, pasó por el doloroso trance de ser ocupado en 1937 por los rojos y, concretamente, por una brigada comunista rusa, a la que durante la batalla del cercano Brunete, hubo que desalojar por asalto, luego de un obligado bombardeo que destrozó al castillo, hasta entonces relativamente conservado, a pesar de su abandono. Los rusos pagaron merecidamente la triste deshonra infligida a estas venerables piedras, que jamás pudieran creer que un día habrían de servir de resguardo y baluarte a tan innobles adversarios de su patria. Pero quedaron irremediablemente deshechas, pues que en su estado presente será ya difícil salvarlas, no obstante su importancia.

El castillo se emplaza sobre una eminencia que rodea y domina a todos los alrededores, por los que discurren los valles de los ríos Guadarrama y Aulencia, que allí mismo se juntan. Este emplazamiento sobre las cuencas y conjunción de ambos ríos supone ya un acierto, que resalta el valor estratégico concedido a la pequeña, aunque recia, fortaleza, situada al final de una explanada, cuya punta o espolón ocupa.

Aunque el castillo presenta bastante homogeneidad en su construcción, pudiera creerse que el núcleo principal fue la torre del homenaje, cuyas dimensiones parecen desproporcionadas con las del reducido recinto. La extraña colocación de este recinto, ceñido a la torre por dos de sus costados, con muros que, aunque aparentemente unidos, son independientes, contribuye también a esa impresión, contra la cual se elevan su unidad constructiva y algunos otros detalles.

La obra de su fábrica es sumamente arcaica, compuesta de fajas de toscó y grosero mampuesto, a cara vista, alternadas con cintas de ladrillo, que forman también las esquinas o aristas de la torre, quedando completamente visibles las líneas de mecinales que sirvieron para el sucesivo levantamiento de las tapias. En las partes bajas, el mampuesto es mucho más grueso, no pudiendo saber cómo eran los adarves, por estar todo el castillo completamente desmochado.

Este género de obra y ciertos elementos de su composición nos hacen ver una construcción mudéjar, bastante remota, de la que en la provincia no quedan ya apenas ejemplos, sobre todo en sus edificios militares, pues, salvo Buitrago, con el que Villafranca presenta algunas analogías, no creemos exista caso seme-

jante en cuanto a su procedimiento constructivo, que si en el tiempo de su origen pudo responder a los usos de la tierra, dicho tiempo debe remontarse demasiado, pues que en las restantes construcciones conocidas no se observa.

El castillo se componía de dos recintos que rodeaban a la torre. De ellos, la barrera exterior ha desaparecido por tres lados, a causa de la descarnada erosión del terreno, que ha barrido los muros situados sobre las laderas de la eminencia en que se emplaza.

La torre del homenaje, desproporcionada, cual decimos, con las dimensiones del resto, es una recia, aunque tosca, construcción de cuatro plantas, hoy inaccesibles, tanto por su estado de ruina como por estar dedicada al refugio del ganado vacuno allí albergado, para cuyo servicio fueron abiertas dos entradas, de las cuales una se coloca bajo la puerta original, situada, como de costumbre, en la segunda planta. En tiempos seguramente antiguos, la torre fue aumentada con un piso de la misma clase de obra, aunque el añadido se advierte por la pátina o color de los muros y porque sus esquinas forman un pequeño chafalán que desde allí asciende en toda su elevación hasta la plataforma. En ésta existía un parapeto o pretil de ladrillo, en sustitución de las desaparecidas almenas, con una cruz y veleta de hierro que todavía ha quedado.

Una de las singularidades de esta torre, y en general del castillo, es la de no poseer ningún motivo ornamental ni piedras labradas. salvo una base de matacán, formada por tres piezas, extrañamente colocadas en la esquina y a la altura del cubo central contiguo, cuyo destino sólo puede atribuirse a soportar, con otras ya no existentes, un paso de la torre a los adarves del recinto, de modo algo aproximado al que se ve en Peñafiel. Sobre el lado oriental, que mira al exterior, hay como unas pequeñas troneras muy juntas, hechas de ladrillos, sobre las que se aperciben las líneas de un gran ventanal o puerta ojival, rehundida en el muro y tapiada también con ladrillo. Este vano—puerta o ventana—se abre en la cuarta planta y no puede explicarse. Por lo demás, la torre cuenta en sus caras con varias otras aberturas sin arte, escalonadas por sus plantas, que son obras modernas sin relación con la original.

El recinto está aún casi intacto en sus muros, y es la parte más sorprendente de toda la edificación. Forma un cuadrado perfecto, de unos veinticinco metros de lado. En sus ángulos lleva unos torreones circulares y macizos, alternados con otros cuatro, levantados en la mitad de cada lienzo. De éstos, solamente dos están vacíos y poseen dos plantas, cubiertas por bóvedas semiesféricas de ladrillo, al modo mudéjar. Estos dos torreones

centrales, con el del costado oriental, también macizo, se destacan y sobresalen sobre los cubos angulares, a los que cubren y flanquean por ambos lados. Disposición verdaderamente extraña en estas alturas, que admira y sorprende, como tantas otras manifestaciones de este castillo.

La puerta principal se abre al amparo de la torre, y aunque desfigurada, puede apreciarse su forma, coronada en las alturas por tres cónsolas de un matacán o buharda. Pero en el frente opuesto y a uno de los lados del torreón central, existe una pequeña poterna que da paso a una cámara abovedada y se revuelve para penetrar al interior. La situación de ambos accesos, ahora al descubierto, enseña la necesidad de estar protegidos por otro recinto exterior, que era la barrera, hoy comida en esos lados por la erosión, allí bien manifestada.

De la barrera no queda más que el solo frente del Norte, opuesto a la explanada, cortada en toda su extensión por ancho foso, limitado a defender el istmo, que era el lado más vulnerable del castillo, pues por los restantes, la condición del terreno no consentía su excavación. Dicha barrera posee tres pequeños torreones, totalmente arruinados, de los que el central se destaca y sobresale también para cubrir a los demás. La ruina, acelerada por el bombardeo de 1937, invade ya a toda la construcción, pero todavía pueden reconocerse sus completos detalles y disposiciones, que hacen de esta pequeña fortaleza un caso verdaderamente notable como monumento militar.

Si todas las obras medievales presentan enigmas y problemas de dudosa interpretación, Villafranca los ofrece en cantidad, sin que sea nada fácil resolver las influencias que pesaron sobre algunos de sus elementos, que tienen mucho de singular. Se trata, desde luego, de una obra perfectamente mudéjar. Pero en su trazado debieron intervenir varios pensamientos que en conjunto produjeron, pese a la pequeñez del castillo, un monumento, esencial y hasta exclusivamente militar, del mayor interés.

Arqueológicamente considerado, el castillo o, por lo menos, la torre de Villafranca sigue a Buitrago en importancia y probablemente en edad, entre los restantes conservados aún en la provincia. Su unidad constructiva, su perfecta regularidad, el juego de las plantas de sus alternados torreones con el macizado de la mayor parte de ellos, y la junción de la torre y del recinto con muros independientes aunque invisibles, son detalles muy poco frecuentes, sobre todo en la tierra en que se asienta. La ausencia de toda manifestación artística, su total aislamiento y hasta la calidad de su emplazamiento, en cierto modo clásico, sobre la confluencia de dos ríos, nos hace ver en él uno de aquellos «castillos de guarnición», eminente-

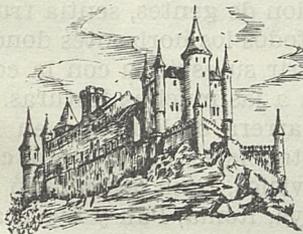
mente estratégicos, alzados en los tiempos en que estas obras respondían de modo primordial a tan exclusiva condición. Hasta la falta y obscuridad de sus antecedentes parecen abonar su origen y destino y, por lo mismo, su edad, que debe remon- tarse más allá de lo que pudiéramos pensar.

Todas esas circunstancias obligan a conceder a este pequeño y abandonado castillo cierta consideración. Aunque su reparación sea acaso imposible y su construcción mísera y tosca, des- provista de toda ayuda del arte, no ofrezca los suficientes atrac- tivos para despertar una generosa atención que lo salvara, cree- mos debiera evitarse en lo posible su total desaparición. Por ello, estimamos como obra digna y hasta de misericordia el suplicar para estas ruinas, ejemplares y venerables, alguna solicitud y piedad.

(Continuará.)

FEDERICO BORDEJE

Madrid, junio de 1955.



EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO HUESO ROLLAND

El día 18 de mayo último falleció en Madrid el Excmo. señor don Francisco Hueso Rolland, vocal de la Junta Directiva de nuestra Asociación, la cual deplora con profundo pesar tal pérdida, que hemos de registrar aquí, sintiendo, al hacerlo, especial emoción, no sólo habida cuenta de ser el primer miembro que de la misma desaparece, sino por lo relevante de la personalidad del ilustre difunto, en quien se conjugaban muy acusadas dotes de inteligencia y bondad, grandes conocimientos históricos y artísticos y una extensa labor en pro de los fines específicos por la A. E. A. C perseguidos. De aquí que durante los últimos meses, en que nos vimos privados de su cooperación, siguiéramos con interés tan fervoroso el proceso de su enfermedad, esperanzados de que alcanzara la mejoría; mas nos vimos conturbados por lo grave de la misma, hasta recibir la noticia de su óbito.

El Sr. Hueso Rolland, arquetipo del caballero español, proclive siempre a rendir tributo decidido en pro de todo lo noble y elevado, gozaba en nuestra entidad de merecido prestigio, teniéndosele como uno de sus miembros más capacitados y animosos. Docto y erudito, principalmente en cuestiones de arte y arqueología muslime, sus trabajos de tal indole adunaban densidad de concepto y sugestión de forma, como habrán advertido los lectores de este BOLETÍN, en cuyas páginas tuvimos el privilegio de publicar algunos. Hombre bueno y generoso, afable y cordial, poseedor de notable don de gentes, sentía fruición por los viajes, que le hicieron amar todos los horizontes donde estudiar y aprender, pudiendo así nutrir su espíritu con la contemplación de los mismos, que adunaba a las muchas lecturas.

Ingresado en la carrera diplomática en 1912, don Francisco era ministro plenipotenciario de primera clase, contando una brillante hoja de servicios, pues desempeñó diversos puestos en Tánger, París, Hendaya, Roma, Pau y Lyon, así como en el Consejo de Economía Nacional. Figuró como delegado del Patronato Nacional del Turismo en la organización de su pabellón en la Exposición Iberoamericana de Sevilla. También representó a España en diversas Ferias y Exposiciones internacionales. Con posterioridad al año 1940, en que ascendió a ministro plenipotenciario, fué jefe del Gabinete de Cifra del Ministerio de Asuntos Exteriores, y jefe de Protocolo de la Alta Comisaría de España en Marruecos. Llegada su jubilación, en 1953, fue premiado con la gran cruz del Mérito Civil, valiosa condecoración que sumó a otras que ya poseía, entre ellas, la Orden de la Mehdauiá.

EXCURSION COLECTIVA A LOS CASTILLOS DE TORIJA, JADRAQUE, SIGÜENZA Y PALAZUELOS EN LA PROVINCIA DE GUADALAJARA

El domingo, 15 de mayo, se verificó la primera excursión a los castillos de Guadalajara, y tuvo el aliciente de contarse entre los excursionistas nuestro querido consocio D. Federico Laina Serrano, que, como ya se sabe, es ilustre cronista de aquella provincia y autor de un magnífico libro sobre sus castillos.

El itinerario que se siguió, de acuerdo con la Comisión de Excursiones, fue el siguiente: Madrid, Torija, Jadraque, Sigüenza y Palazuelos, volviéndose a Madrid directamente desde aquel punto.

Aprovechando los adelantos modernos de que van provistos los autocares utilizados, que reúnen toda clase de comodidades, el Sr. Laina Serrano, entre los puntos de partida y llegada a cada lugar, fue, por medio del micrófono, dando cuenta anticipada de las historias de los castillos que se iban a visitar y con este motivo, escuchando sus amenas charlas, se hizo el viaje tan entretenido, que los excursionistas quedaron complacidosimos.

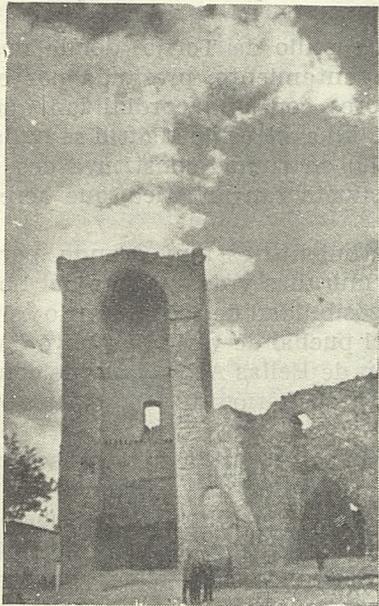
La primera visita fue para el castillo de Torija, donde nos recibió una Comisión de aquel Ayuntamiento, presidida por el señor Alcalde, que hizo los honores con una cordialidad que le agradecemos sinceramente. A 63 kilómetros de Madrid se halla aquella histórica villa, y el castillo en ruinas constituye desde lejos, poco antes de llegar, una silueta tan artística, que acrecienta los deseos de visitarle.

Ya en él, la impresión de sentimiento es muy grande, porque los restos que quedan de sus murallas y de su torre del homenaje dan la sensación de la imposibilidad de reconstruirlo; sin embargo, es tal el anhelo de aquel pueblo de verlo de nuevo enhiesto y completo, que la Dirección de Bellas Artes ya tiene concedido el primer presupuesto para su periódica reconstrucción próxima.

La carretera de Madrid, en alguno de sus trozos, transcurre por lo que fue camino romano de Cómpluto a Cesaraugusta.

El castillo de Torija es uno de tantos castillos cuya situación estratégica era ambicionada por todos los invasores, cambiando de dueño constantemente, y contribuyendo sus ataques y defensas a verdaderos destrozos en su estructura.

Los templarios, después de la Reconquista, fueron uno de sus dueños y a ellos se debe la ejecución del primitivo castillo, y al ser disuelta la Orden, villa y fortaleza pasaron al dominio de



Castillo de Torija
(Guadalajara)

(Fotos Villar.)

la Corona, cediéndola después directamente Alfonso X a D. Alonso Fernández Coronel, que mejoró la fortaleza notablemente.

No disfrutó mucho tiempo el citado personaje de aquella mansión, porque, a causa de sus veleidades y traiciones, fue condenado al cadalso, y es tradición que, cuando le llevaban a cumplir la sentencia, pronunció la célebre frase: «Esta es Castiella, que face los omes e los gasta», hecho sucedido el año 1535.

Después pasó el castillo a manos de D. Iñigo López de Orozco, prohombre alcarreño que, como el anterior poseedor, también tuvo un trágico fin.

Años después, al huir de España Pedro I, su hermano bastardo, que se consideraba Rey legítimo, concedió la plaza al sobrino de López Orozco, D. Pero González de Mendoza, cuyo hecho fue objeto de airada protesta de los hijos de González Coronel, consiguiendo que el año 1378 les fueran devueltos los bienes secuestrados, siendo Juan I quien reparó el error, entregando el señorío a D.^a María Coronel, de grandes virtudes, que al morir fue enterrada en Sevilla, en el monasterio de Santa Inés, por ella fundado, y en el que el año 1949 pudo comprobarse que su cadáver se conservaba aún incorrupto.

La limitación de espacio nos hace prescindir de otros datos de su historia, para ocuparnos sucintamente de la estructura del edificio del castillo.

Su planta es cuadrada, con cubos en las esquinas. La torre del homenaje, de gran altura y fortaleza, está adosada al ángulo Sudeste, estando flanqueada por dos finos torreones cilíndricos y garitones, que sobresalen de la torre.

Esta torre, en la actualidad, tiene derruida y como seccionada la mitad de su estructura verticalmente.

Una saliente barbacana, a modo de cornisa, corre por el cuerpo principal, barbacana integrada por tres órdenes de medallones, unidos los más altos por arcos, en los que se apoyan las almenas.

Los frentes de sus cortinas poseen también garitones para su defensa.

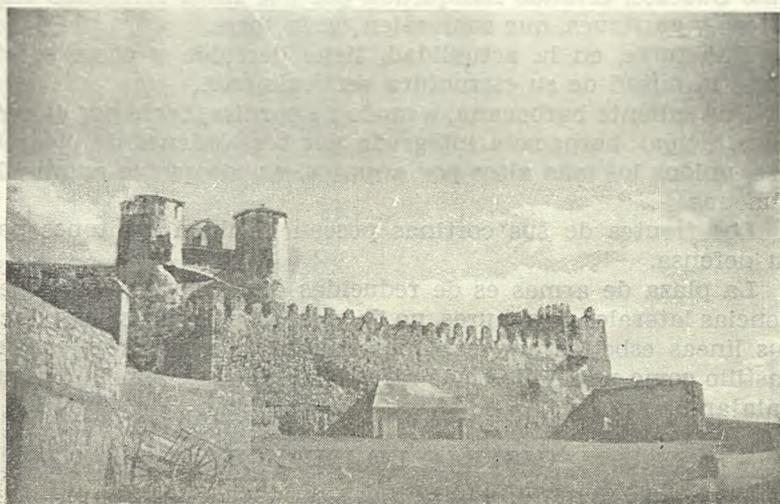
La plaza de armas es de reducidas dimensiones, con dependencias laterales. Los muros, no de gran espesor, constituyen, con sus líneas esbeltas, un armónico conjunto, considerándose este castillo como uno de los más atractivos de la provincia de Guadalajara.

CASTILLO DE JADRAQUE

A 43 kilómetros de Torija, pasando por Torre del Burgo, se llega a la villa de Jadraque, en cuyas cercanías, en una caudalosa fuente, nos esperaba el Alcalde con una Comisión del Ayun-



Grupo de excursionistas escuchando el discurso
de don José Antonio Ochaíta.



Castillo de Sigüenza.

(Foto Villar.)

tamiento y D. J. Antonio Ochaita, cronista de la villa, invitándonos a un refresco, durante el cual dicho cronista dirigió la palabra a los excursionistas, y con cálidas frases evocó las glorias pasadas de aquel histórico castillo, hoy casi totalmente derruido, del cual no hacemos mención, por transcribirse en este mismo BOLETÍN un magnífico escrito del mismo, que nos evita el hacerlo.

El castillo, situado en las afueras de la villa, en un altozano, fue visitado por los excursionistas, subiendo por un sendero previamente arreglado por el Ayuntamiento para nuestra visita, atención que hemos de agradecer al Sr. Alcalde.

No queremos silenciar un hecho muy significativo sucedido en esta excursión.

Una vez que los excursionistas ascendieron al castillo, una mala interpretación del chofer del autocar le hizo dirigirse de vacío a la villa, quedando nuestros asociados alejados de ella unos 2 kilómetros. La casualidad hizo pasar por allí, después de advertida la ausencia del coche, un taxi libre, que en poco tiempo y en varios viajes transportó a los viajeros al lugar del almuerzo, negándose después a cobrar, en atención a la simpatía que le merecían los fines de nuestra Asociación.

Desde estas páginas saludamos cordialmente al entusiasta simpatizante, como asimismo al Sr. Alcalde, al Sr. Ochaita y a los Sres. Concejales, que tan amablemente contribuyeron a hacernos felices las horas pasadas en aquella histórica villa.

CASTILLO DE SIGÜENZA

Desde Jadraque, a las cuatro de la tarde, se continuó la excursión a Sigüenza.

El castillo-palacio de Sigüenza fue uno de los principales alcázares que hubo en España, y produce verdadera extrañeza que aquel magnífico edificio, del cual quedan aún restos muy importantes, se haya dejado arruinar.

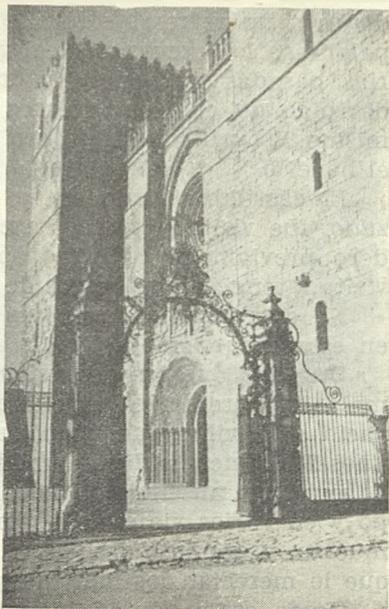
Sigüenza es de origen celtíbero y, posteriormente, constituyó la romana *Segontia*, en el cercano paraje denominado «Villa-vieja», donde subsistió hasta la alta Edad Media.

El lugar en que se asienta la fortaleza es en la eminencia de una cima situada al sur de la misma ciudad, y a ella se asciende por empinadas calles.

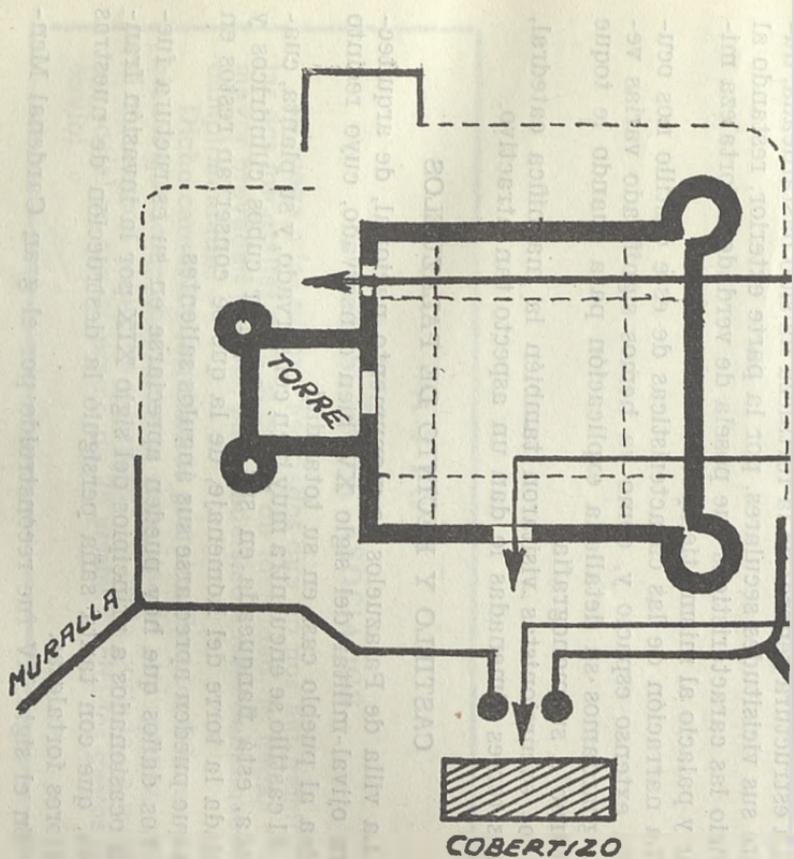
Aquella eminencia fue utilizada como castillo o puesto fortificado desde la época visigoda, a juzgar por los cimientos de alguna de sus torres, constituidos por sillares romanos, construyendo los árabes sobre sus ruinas una magnífica alcazaba.

Entrada a la Catedral
de Sigüenza.

(Foto Villar.)



Recinto
del Castillo de Palazuelos.



Planta del castillo de Palazuelos (Guadalajara)



1

Puerta de ingreso al recinto principal y que es la que ahora debieran haber reconstruido.



2

Puerta abierta recientemente con mediano acierto, frente a la del recinto exterior.



3

Puerta del recinto exterior taponada por un cobertizo que debe ser demolido.

MURALCA

(Dibujo de Federico Laina Serrano.)

La planta del castillo forma un paralelogramo de área muy extensa, alargado de Norte a Sur, con un gran recinto torreado, dentro del cual existe amplio patio, capaz para acoger a toda la población civil.

Las habitaciones principales estaban en las torres, pero, durante las variadas vicisitudes por las que pasó la fortaleza, se añadieron otras estancias palaciegas, desprovistas ya de las características de las construcciones castrenses, de las cuales algunas de ellas aun existen, con peligro de derrumbarse si no se adopta una rápida consolidación.

Su conjunto todavía da idea de lo que fue el castillo-palacio en la época de los Obispos de Sigüenza, que en los buenos tiempos del Cardenal Mendoza llegó a alojar hasta 1.000 soldados de a pie y 400 de a caballo.

Del foso puede advertirse todavía su situación por el lado occidental, y sobre cuya ladera muestra el castillo tres torres flanqueantes cuadradas, destacando sobre todo la del ángulo septentrional, que es majestuosa.

En la parte meridional, cubierta hoy por un tejado, hay dos altos cubos, adosados al muro

La estructura general de la fortaleza ha sido bastardeada, durante sus vicisitudes seculares, por la parte exterior, restando al edificio las características que poseía de verdadera fortaleza militar y palacio al mismo tiempo.

La narración de las características de este castillo nos ocuparía extenso espacio y, como ya hemos significado varias veces, guardamos su detallada explicación para cuando le toque el turno a su monografía.

Los excursionistas visitaron también la magnífica catedral, cuyas torres almenadas le dan un aspecto tan atractivo.

CASTILLO Y RECINTO DE PALAZUELOS

La villa de Palazuelos es monumento nacional, de arquitectura ojival-militar del siglo XV, bien conservado, cuyo recinto rodea al pueblo casi en su totalidad.

El castillo se encuentra muy bien conservado, y su planta, cuadrada, está flanqueada en sus ángulos por cubos cilíndricos y aislada la torre del homenaje, de la que se conservan restos en los que pueden apreciarse sus ángulos salientes.

Los daños que hoy pueden apreciarse en su estructura fueron ocasionados a principios del siglo XIX por la invasión francesa, que con tanta saña persiguió la destrucción de nuestras mejores fortalezas.

En el siglo XV fue reconstruido por el gran Cardenal Men-

doza, cuando era Obispo de Sigüenza, y el motivo que le llevó a hacerlo fue debido a las revueltas originadas por los Infantes de Aragón, durante los reinados de Juan II y Enrique IV, que fuertes en sus plazas de Castilla, sobre todo en el castillo de Atienza, constituían un peligro para Sigüenza, lo que le obligó a atender no sólo la reconstrucción del castillo de Palazuelos, sino otros muchos que formaban avanzadas del de Sigüenza.

AVISO

A LOS SEÑORES ASOCIADOS

Se ruega a los señores asociados que no nos han remitido las dos fotografías para el carnet de identidad, lo hagan a la mayor brevedad posible, para podérselo enviar debidamente cumplimentado.

Dicho carnet de cartulina es gratuito. Para los señores asociados que lo deseen, tenemos carteritas de piel corinto, para el carnet, con celuloide y tarjetero, y en la portada, la insignia social en oro, al precio de 25 pesetas (incluidos gastos de envío).

EXCURSION COLECTIVA A ALCALA DE HENARES Y SANTORCAZ, EN LA PROVINCIA DE MADRID. PIOZ, LUPIANA, PASTRANA Y ZORITA DE LOS CANES, EN LA DE GUADALAJARA

El domingo, 29 de mayo, con un tiempo espléndido, se realizó la excursión colectiva que se enumera en el titular, que, como las demás excursiones ya mencionadas en anteriores BOLETINES, constituyó un éxito halagador, porque fue preciso utilizar dos grandes autocares para los 50 asociados que se inscribieron, amén de otros dos coches de turismo particulares, que se sumaron a la excursión con el carácter de simpatizantes

Esta excursión, como la anterior a los castillos de Guadalajara, tuvo también el aliciente de llevar un cicerone ilustre, pues D. Federico Bordejé, nuestro querido bibliotecario, se encargó de explicar a los excursionistas, con amenas narraciones históricas, los lugares visitados.

Tanto de las murallas de Alcalá de Henares como del castillo de Santorcaz, ruinas de la provincia de Madrid, no hacemos mención, porque precisamente en el historial que viene escribiendo el Sr. Bordejé de los castillos de nuestra provincia, ya se ocupó en el BOLETÍN núm. 4, págs. 145 a 149.

Continuamos, pues, según el itinerario, con el castillo de Pioz, de la provincia de Guadalajara.

CASTILLO DE PIOZ

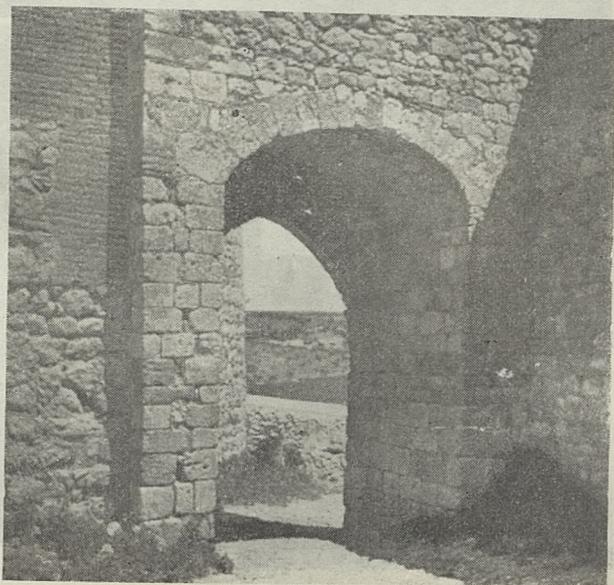
A 15 kilómetros del pueblo de Santorcaz se encuentra el de Pioz, situado en la llanura de la baja Alcarria, próxima al límite de la provincia de Madrid y cercano al río Tajuña.

La fortaleza se levanta airosa en las afueras del pueblo, a un centenar de metros escasamente, y su aspecto exterior es magnífico, por conservarse casi íntegramente; pero, por desgracia, no es así por el interior, que, como la mayoría de los castillos, está vacío; materiales que han desaparecido totalmente, sin duda para firme de las carreteras próximas o para las casas del pueblo, hechos que la A. E. A. C. trata de evitar a toda costa, siendo ya muchos los casos en que, por las denuncias dirigidas al Director General de Bellas Artes, se han evitado tales atropellos.

El castillo está rodeado de un recinto aspillerado con pequeños cubos en tres de sus ángulos, construidos con grandes sillares que bajan hasta el foso, protegidos por escarpa, recubierta también de piedra labrada, conservándose el estribo del puente levadizo.

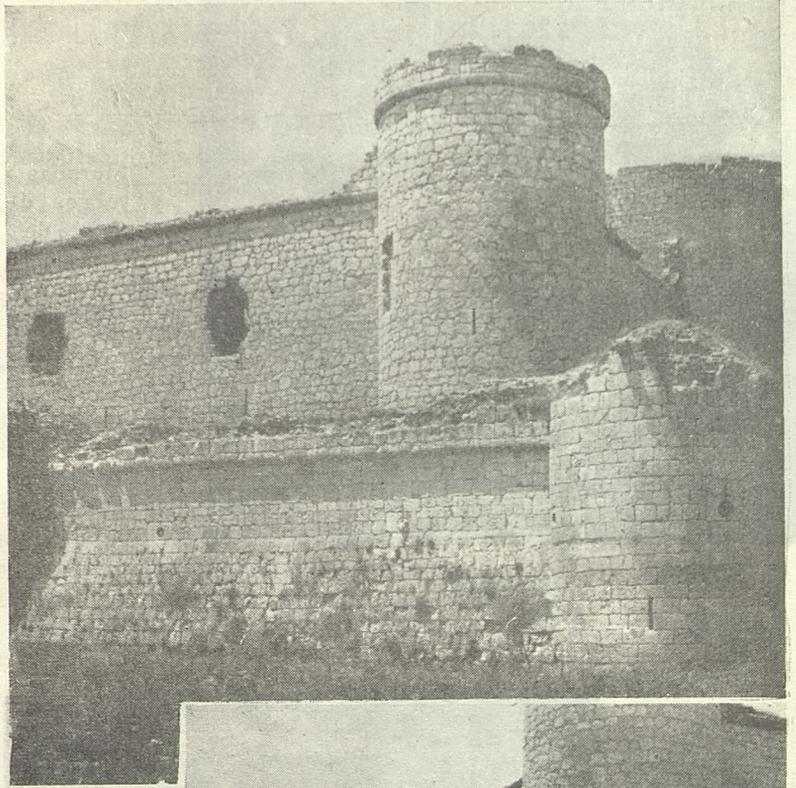


Murallas
y torres del
recinto de
Alcalá
de Henares
(Madrid).



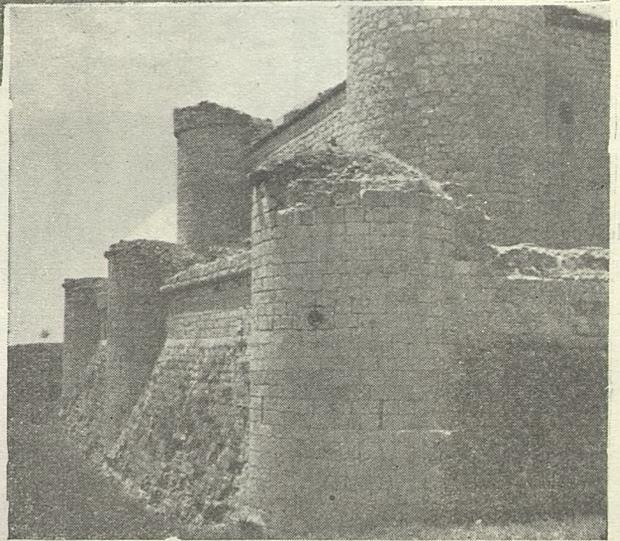
Puerta
del castillo de
Santorcaz
(Madrid).

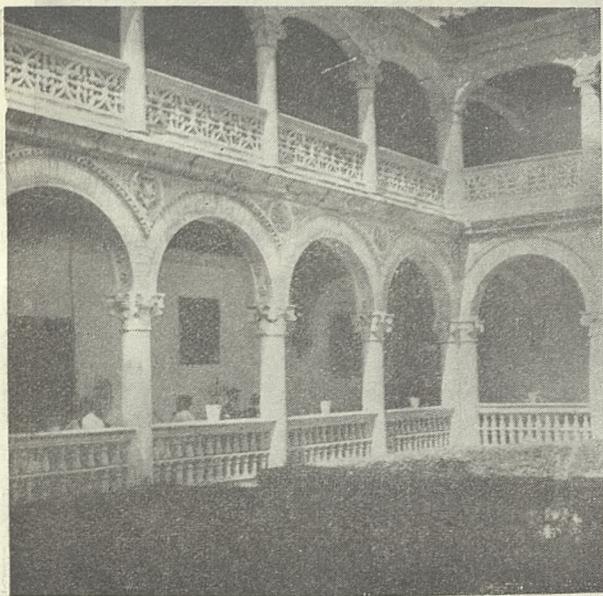
(Fotos Villar.)



Castillo
de Pioz
(Guadala-
jara).

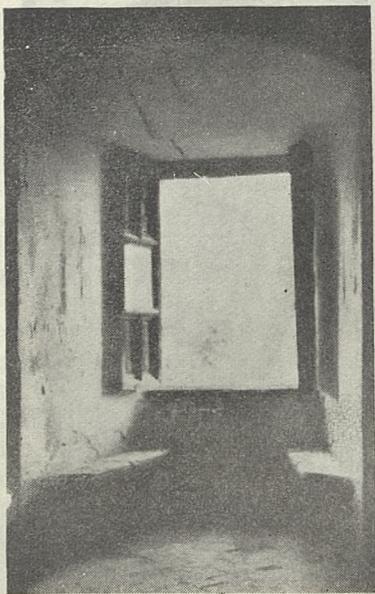
Fotos Villar

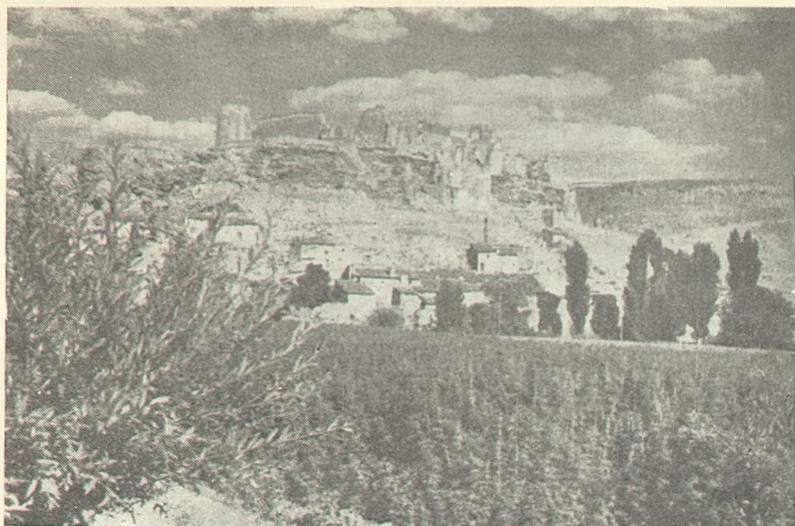




Patio
del monasterio
de Lupiana,
hoy residencia
de los
Excmos. Sres.
Marqueses de
Barzanallana.

Ventana de uno de los salones
del palacio de los Duques
de Pastrana.





Castillo de Zorita de los Canes.

(Foto de la *Revista Geográfica Española*.)



Bajada a los subterráneos
del castillo de Zorita de los Canes.

(Foto Vallina.)

La planta del castillo es cuadrada, en cuyos ángulos, por el exterior, se destacan fuertes cubos cilindricos, sobresaliendo sobre los demás el del lado NO., que, sin duda, constituía la torre del homenaje, junto a la cual, en el lado occidental, está la entrada al patio de armas, en la cual se advierten los mechinales de los dos pisos que poseía.

Por sus dimensiones, el castillo podía albergar importante guarnición.

El castillo-palacio debió de poseer magníficas estancias, y su construcción data del siglo XV.

La villa formó parte de la dote dada por Juan II a su hermana D.^a Catalina, cuando contrajo matrimonio con su primo el Infante D. Enrique de Aragón, que muy pronto fue desposeído de ella por su rebeldía, pasando en 1432, por donación real, a poder del insigne D. Íñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana; desde esta fecha hasta la actualidad, el castillo tiene una interesante historia, que no transcribimos para no desflorar la monografía que en su día ha de publicarse, y que ha de constituir una de las más interesantes de la provincia.

Desde Pioz, los excursionistas se trasladaron a Guadalajara, donde se almorzó, visitándose el palacio del Infantado, destruido interiormente durante nuestra guerra de Liberación.

Desde aquella capital se continuó la excursión al monasterio de Lupiana.

EL MONASTERIO DE LUPIANA

En el itinerario que vamos refiriendo, la Comisión de Excursiones consideró oportuno incluir también el monasterio de Lupiana y el palacio señorial de los Duques en Pastrana, siguiendo un criterio, alabado por los excursionistas, de no dejar de visitar, por no ser castillos, otra clase de monumentos que constituyen ejemplares arquitectónicos de suficiente historia y valor artístico dignos de conocerse, tanto más cuanto que la ruta de los castillos escogidos los pone a la mano y sería desaire no visitarlos.

El monasterio de Lupiana es un antiguo convento de Jerónimos, cuyo origen primitivo se asegura fue el de haber fijado allí su residencia varios nobles ermitaños, a los que distinguieron, concediéndoles rentas, Juan I y Juan II.

El actual edificio, de estilo gótico, no es el primitivo; se afirma que quiso semejar al del Monasterio del Escorial, pero no encontramos en él puntos de semejanza que puedan compararse ni en magnitud ni en estilo, aunque existan pequeños detalles arquitectónicos que coincidan en su estructura.

La portada de su entrada es dórica; todo el monasterio está construido con buena piedra; su capilla mayor, hoy desaparecida, poseía tribunas de coro alto y bajo, y estaba decorado con pinturas al fresco.

Subsiste el hermoso y artístico patio, de arcos semicirculares en el primer piso y rebajados en el segundo, decorados con lindos medallones y florones, cerrando los arcos del piso bajo una balaustrada de piedra.

La sillería, magnífica, que poseía y el sepulcro de D.^a Aldonza de Mendoza fueron sacados del monasterio y transportados al Museo Arqueológico de Madrid, el año 1870.

En la actualidad pertenece a los Excmos. Sres. Marqueses de Barzanallana, que lo han transformado en palacio señorial con singular maestría.

PASTRANA

En el extremo meridional de la provincia de Guadalajara está situado Pastrana.

El palacio de los Duques de Pastrana es donde vivió la famosa Princesa de Eboli y en cuya cámara de la «reja dorada» estuvo después recluida.

Fue construido este palacio en el siglo XVI, y su fachada de sillería ocupa el frente de la plaza, con un magnífico pórtico.

En el interior, tiene un gran salón y techos artesonados, con gruesos rosetones y frisos de relieve.

No se concibe cómo edificios de esta naturaleza, por su mérito artístico y su historia, estén tan abandonados por sus propietarios. Este palacio, con muy poco dinero, se podía ir restaurando parcialmente, y sus enormes habitaciones serían muy útiles para algún destino, como escuelas, cuartel de la Guardia Civil, etc., ya que el pueblo es magnífico y conserva reliquias artísticas muy estimables, sobre todo la iglesia.

Sólo con arreglar los tejados del palacio de los Duques ya se lograría detener su ruina, pero las aguas lo van destrozando todo.

Este caso es muy parecido al del castillo de Villaviciosa de Odón.

CASTILLO DE ZORITA DE LOS CANES

Este castillo y el de Jadraque son los que están situados más estratégicamente en la provincia de Guadalajara y ambos son, por sus enormes dimensiones, dentro del carácter de castillo-palacios, de los más notables de España.

Situado éste sobre un peñascal de corte vertical sobre la

población, amenaza hoy con el próximo hundimiento de una gran parte de su recinto amurallado, que si no se evita rápidamente con algunos trabajos de consolidación, tendrá España que lamentar algún día una catástrofe inevitable, pues su caída arrastraría una masa de humildes hogares que se hallan en su base.

Transcribimos desde aquí nuestra alarma al Director General de Bellas Artes, al comprobar las justificadas súplicas que el Alcalde de Zorita, que en nombre del pueblo que salió a recibirnos, nos dirigió, con palabras fervorosas de confianza en la A. E. A. C.

El escaso espacio de que disponemos nos impide hacer una reseña histórica del edificio, pues constituye un ejemplar de tal naturaleza, que sólo el de Escalona puede igualarle. En ambos, la ruina es tan devastadora, que es ya imposible evocar lo que fueron en sus épocas prístinas.

Quedan aún restos arquitectónicos dignos de conservarse y posee grandes subterráneos, a los que ya se hace difícil su acceso, subterráneos que demuestran la enorme capacidad de aquella histórica fortaleza.



EXCURSION COLECTIVA A LOS CASTILLOS DE VILLAFRANCA, VILLAVICIOSA DE ODON, ARROYOMOLINOS, BATRES, TORREJON DE VELASCO Y CHINCHÓN, DE LA PROVINCIA DE MADRID

También el próximo pasado día 12 de junio, y en domingo según costumbre, se realizó la cuarta excursión colectiva de la primavera, constituida por la visita a los castillos de Villafranca, Villaviciosa de Odón, Arroyomolinos, Batres, Torrejón de Velasco y Chinchón, todos de la provincia de Madrid.

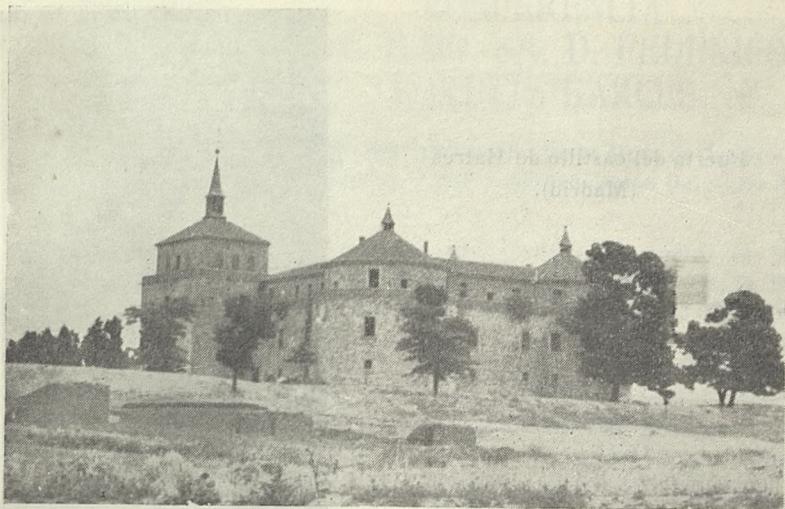
Por coincidir en este mismo BOLETÍN la continuación de la historia que viene publicando don Federico Bordejé con la mayoría de los visitados en esta excursión colectiva, nos limitaremos a hacer los comentarios correspondientes a su desarrollo.

Como todas las excursiones anteriores, tuvo ésta un gran éxito, comiéndose muy bien en el restaurante del Alemán, cerca de Chinchón, suprimiéndose la visita al castillo de Casasola, último del itinerario previsto, por lo avanzado de la hora y por el desastroso estado de los caminos, terror de los conductores de los grandes autocares de lujo, mucho más en esta ocasión, que casi estrenamos uno de la Dirección General de Turismo, fabricado en Alemania y conjunto de cuantas comodidades pueden apertecerse en esta clase de vehículos.

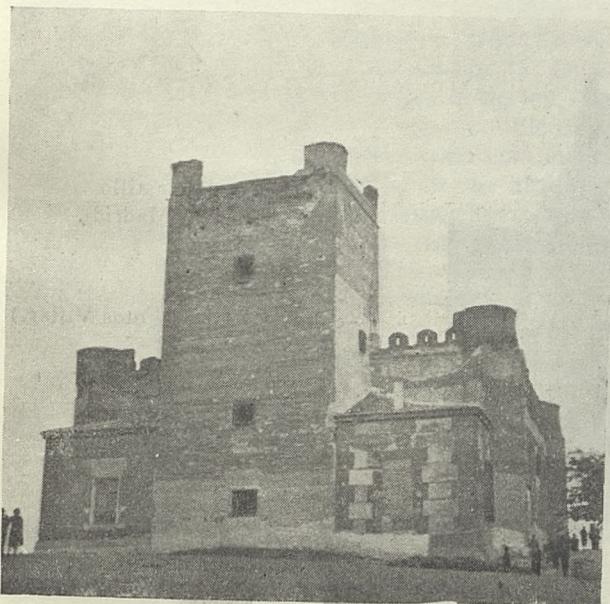
Esta excursión ha sido la final antes de los grandes calores del verano, teniendo dispuestas ya las que han de constituir los nuevos itinerarios a las provincias de Toledo, Avila, Segovia y Cenca, desde mediados de septiembre a primeros de noviembre, si el tiempo lo permite.

ANTONIO PRAST





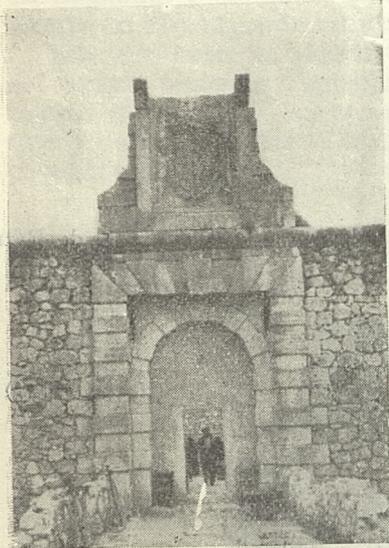
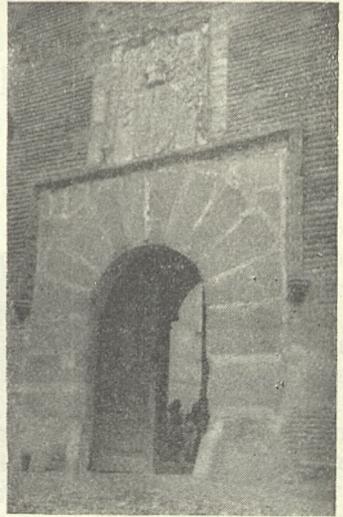
Castillo de Villaviciosa de Odón (Madrid).



Castillo de Batres
(Madrid).

(Fotos Villar)

Puerta del castillo de Batres
(Madrid).



Puerta del castillo
de Chinchón (Madrid).

(Fotos Villar.)



CONFERENCIA DEL ILMO. SR. D. FEDERICO BORDEJE GARCES

El primitivo castillo de la Mota de Medina
del Campo y sus restauraciones del siglo XV

En el salón del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Ilmo. Sr. D. Federico Bordejé Garcés, Archivero Bibliotecario de nuestra Asociación, pronunció una extensa y documentada conferencia sobre el tema cuyo título antecede, el día 3 de junio próximo pasado.

La notable disertación, que duró hora y media, aunque el señor Bordejé tuvo al final que abreviarla, fue asistida por numeroso y muy selecto público, que llenaba casi completamente la sala, atraído, tanto por la importancia del tema, realmente inédito en su conjunto, según luego se vio, como por la autoridad y competencia del conferenciante, cuya vida ha sido enteramente dedicada al estudio de la arquitectura militar.

El Sr. Bordejé comenzó con un sentido y muy emocionante exordio referente a las relaciones del castillo con la Reina Isabel la Católica, cuya noble imagen se identifica y revive de tal modo en la fortaleza, que es imposible desligarlas. Estudió la situación de la Mota durante el reinado de D.^a Isabel, para demostrar que el castillo no pudo ser estancia de los Reyes ni de la Corte, que en el tiempo exigían ya unas condiciones y medios que la Mota no reunía, a cuyo efecto hizo comparaciones con los restantes alcázares en que los Reyes se alojaron muy accidentalmente. A cuenta y por la amarga experiencia de la Reina sobre los sucesos de los reinados anteriores, que le hicieron ver y comprender el carácter de la nobleza y hasta el de las mismas fortalezas y la necesidad de reducir las y contenerlas, el castillo de Medina, al que la Reina tomó personalmente en sus manos, fue constituido en uno de los reductos interiores más fuertes y seguros de la Corona, de donde provinieron sus inmediatos y posteriores destinos de archivo, parque y prisión, y las obras de la restauración de 1479, con que los Reyes Católicos aumentaron el poder de la fortaleza.

Pasando a la tan debatida cuestión sobre el lugar de la muerte de D.^a Isabel, el Sr. Bordejé demostró también que, «contra lo que nosotros deseáramos y hasta contra lo que necesitaríamos», para realzar y aureolar al venerable y austero castillo, dicho suceso capital acaeció en el antiguo palacio que los Reyes

de Castilla poseían en la plaza de Medina, palacio que venía de lejos y en el que se desarrollaron importantes acontecimientos de la Familia Real castellana. Los recientes descubrimientos documentales han resuelto ya tan importante cuestión, de modo que no deja lugar a dudas. Pero, en el sentir del señor Bordejé, la Mota debe ser considerada como la representación más fiel y auténtica del espíritu y carácter de aquella santa figura, que si físicamente no murió entre sus muros, murió, al menos moralmente, por los sucesos en ella acaecidos durante la detención de su hija D.^a Juana, en noviembre de 1503, que aceleraron su fin.

Al terminar esta primera parte de su conferencia, el Sr. Bordejé hizo algunas manifestaciones que conmovieron hondamente a todos los asistentes.

* * *

La segunda parte fue dedicada a la investigación de los orígenes y antecedentes del castillo, a comenzar por la del nombre que lleva, que por sí solo determina una gran antigüedad. Los castillos de «mota», existentes en casi todos los países de Europa y en Oriente, forman una de las clasificaciones de la historia de la fortificación medieval, y han sido muy estudiados en Francia y más aún en Inglaterra, donde abundan los monumentos de esta clase. El conferenciante expuso las principales características de los mismos, así como las discusiones y teorías sostenidas sobre ellos, que, al final, vienen a coincidir en señalar a estas construcciones unos lejanos orígenes, anteriores, por lo menos, a los siglos XI y XII, a los que, por su parte, corresponde la Mota de Medina, cuya verdadera fundación ha de situarse en la ciudadela o «arce» erigido por los romanos para constituir el sistema fortificado y de comunicaciones de la región central peninsular, sistema al que deben también la existencia otras plazas, como Avila, Segovia y Palencia, cuyo origen a este respecto apenas ha sido entrevisto. Dicho «arce», que los planos y otros antecedentes conocidos ponen de manifiesto, fue aprovechado después por los árabes para levantar, dentro del antiguo recinto, el castillo actual, el cual, a través de sucesivas vicisitudes, que el conferenciante estudió, llegó hasta nuestros días, ya que el castillo que vemos está integrado aún en su mayor parte por la primitiva estructura musulmana, claramente patente y visible en muchos de sus elementos.

Sobre el alcance de las obras, asimismo muy discutidas, de las dos restauraciones de la Mota, en 1440 y en 1479, que Llaguno dio a conocer, fundándose en documentos de Simancas, el Sr. Bordejé analizó detenidamente una y otra, para hacer

ver los errores habidos en sus respectivas atribuciones. Las obras de 1440, ejecutadas por Fernando Carreño, que se quiere fueran realizadas por orden del Rey D. Juan II de Castilla, no pudieron ser de ningún modo ordenadas por este Soberano, por la razón de que, salvo en un accidentado y muy breve momento en 1441, el castillo de la Mota no fue nunca suyo, porque desde 1393, en que el señorío de Medina cayó en manos del Infante de Antequera, alzado después al trono de Aragón, hasta 1444, en que se efectúa el desgraciado matrimonio del futuro Rey Enrique IV con su prima D.^a Blanca, matrimonio no consumado, expresamente convenido con el objeto de arrancar de manos del Infante D. Juan, Rey de Navarra, esta y otras importantes plazas del reino, «verdaderas garras o clavos de Navarra y Aragón, hincados en el corazón de Castilla», y realmente, hasta 1473, en que el Duque de Alba se apodera de la fortaleza, los Reyes de Castilla no tuvieron ningún poder sobre ella, y las obras atribuidas a D. Juan II de Castilla fueron realizadas por su primo el futuro D. Juan II de Aragón, dueño y señor de Medina, en cuyo Palacio Real precisamente nació. Razón por la que el Sr. Bordejé, de acuerdo con algunos historiadores de la ciudad, estima que «los secretos del castillo de la Mota han de buscarse preferentemente en los archivos del reino de Navarra más que en los de Castilla», cuya escasez documental a este respecto es manifiesta.

Pasando a describir los trabajos de esta restauración de 1440, el conferenciante expone y demuestra el corte o reducción del antiguo castillo, cuya extensión o perímetro fue bastante disminuída, por las exigencias castramentales del tiempo, ante los recursos poliorcéticos de que por entonces ya se disponía. A este efecto, explica las reglas generales de los medios de ataque y defensa en el siglo XV y los variados ejemplos que acreditan el hecho de concentrar las defensas de las fortalezas señoriales, en lugar de la dispersión que las anteriores ofrecían. Resume a continuación las diversas partes edificadas por el citado Rey de Navarra, entre las que se destacan la altiva y poderosa torre del homenaje, «reina de las torres de Castilla», la que minuciosamente describe; la gran puerta del edificio y la erección del largo muro que forma el frente Norte, destinado a constituir la fachada principal del castillo. Con motivo de las garitas o cubos alzados sobre este frente y de algunos otros elementos que respondían, más que a las exigencias defensivas, a los gustos estéticos del tiempo, el Sr. Bordejé hace notar las influencias extrañas que pesaron sobre los castillos del siglo XV, importadas preferentemente de Francia e Italia, con cuyos países la nobleza española tuvo entonces grandes relaciones y contactos, que ten-

dian a dar a las fortalezas unos efectos de presencia imponente y señorial, que en ocasiones superaban a los de su fuerza defensiva. Y al revisar algunas de las construcciones erigidas en esa época, hizo ver también la admiración que se debe a aquellas sociedades que, si desgraciadas en sus empresas políticas, sobresalieron por su gran inteligencia y comprensión, pues el hecho de que un Rey de Castilla en Segovia, un Rey de Navarra en Medina, un Condestable de Luna en Escalona y, más aún, un Arzobispo de Sevilla como D. Alonso de Fonseca en Coca, entre los muchos otros ejemplos que pudieran citarse, fueran capaces de admirar, comprender y aceptar las obras de los alarifes mudéjares, continuadores de las tradiciones constructivas musulmanas, y les entregaran sus alcázares, no tiene precedentes ni igual en ninguna otra arquitectura.

De la reconstrucción de 1479, a cargo del Obrero Mayor de los Reyes Católicos, Alonso Nieto, se destacan igualmente el abandono del antiguo recinto exterior del «albacar», cuyos restos subsisten, y la edificación de la barrera, con algunas otras disposiciones sobre las instalaciones interiores, que debieron ser reparadas y modificadas para los variados destinos que la Reina Isabel quería confiar a la fortaleza. Entre todos esos trabajos sobresale la barrera, obra maestra de la fortificación de transición, que, según el Sr. Bordejé, vale más que el resto del castillo. Dicha barrera pudo erigirse sobre otra anterior, más amplia, que la restauración de 1440 debió respetar. Provista de unas galerías dispuestas para albergar unas piezas acasamatadas, regularmente espaciadas y combinadas con las de los torreones angulares, la barrera disponía de unos órdenes de fuego que batían el foso y los alrededores en todas las direcciones. Si se la compara con las restantes barreras construidas en el siglo XV, se verá la distancia que media entre una y otras, y cómo en la del castillo de la Mota se inician y apuntan ya los principios de la fortificación abaluartada. Las partes principales de este recinto fueron detenidamente estudiadas, con ejemplos y referencias precisas, que comprobaban las aseveraciones del conferenciante. Entre esos estudios sobresalieron el de la puerta principal, con el mecanismo de su puente levadizo, de doble tramo y su escondida poterna; el sistema complicado de sus comunicaciones; la «puerta de socorro» o de salida al campo exterior, propia de las ciudadelas modernas, con la calculada inclinación de sus taludes y la expresa elevación de la desaparecida contraescarpa, trazada de modo que las explanadas o glacis cubrieran ya al cuerpo hundido de la obra.

Entre otros detalles curiosos, el Sr. Bordejé nos explicó las causas que motivaron la formación de la «tenaza» que flanquea

al ángulo SE. del castillo y que, por su extraña disposición, constituye una de sus originalidades. Dicho elemento fue simplemente constituido porque, al edificar la presente barrera, los restauradores se vieron obligados a cortar el muro del antiguo recinto de la ciudad, allí unido a la Mota, y como ese ángulo y todo el frente oriental hubieran quedado descubiertos, se les ocurrió aprovechar un trozo de la muralla que, revestida como el resto de ladrillo, formó la llamada torre de la Terraza o, acaso, Tenaza, en juego con la torre primitiva antigua, con la que formaba una concavidad angular mutuamente flanqueada, destinada a proteger esa parte vulnerable del castillo.

Nos refirió también la evolución de la gruesa torre del NO., procedente de la fortaleza musulmana, cuya puerta principal debió alojar, cuando el perímetro de la Mota era mayor. Dicha torre, convertida en una simple poterna, fue reducida y cortada en sus antiguas proporciones y, a los efectos de componer el frente o fachada Norte, se la coronó con unos adarves y torrecillas, que hacían juego con los del homenaje, situado al extremo opuesto.

No pueden describirse al pormenor la cantidad de datos, notas y apuntes citados en tan extensa y minuciosa disertación, en la que la historia militar y constructiva de la Mota de Medina apareció completamente renovada. Bastará decir que el estudio del Sr. Bordejé altera y alumbraba con aspectos nuevos cuanto hasta ahora se escribió de este interesante monumento, al que nos presenta de un modo realmente inédito, aunque muy seriamente documentado.

Como apoyo también de sus explicaciones, se expusieron numerosas proyecciones de planos, alzadas, secciones, dibujos y fotografías, debidos al digno Jefe técnico de la oficina de la Asociación, D. Antonio Prast, a quien el conferenciante rindió un caluroso y merecido homenaje por sus excepcionales condiciones de hombre bueno y generoso, al que se deben los primeros trabajos serios del castillo, encaminados a su total restauración, cuando nadie pensaba en ella. En dichos trabajos, que por su valor e importancia debieran ser publicados, el Sr. Prast puso a contribución, no solamente sus admirables y profundos conocimientos artísticos, sino su fervoroso apasionamiento por la Mota de Medina, a la que dedicó su alma entera.

El distinguido auditorio asistió con el mayor interés, y a veces con emoción, a las manifestaciones del conferenciante, a quien aplaudió y felicitó después con verdadera sinceridad y efusión.

X

Madrid, junio de 1955.



CONFERENCIA DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO IÑIGUEZ ALMECH, SOBRE EL CASTILLO DE LA ALJAFERIA DE ZARAGOZA

POR FEDERICO BORDEJE

A instancia de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, en la tarde del 14 de junio pasado y en el salón del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pronunció una admirable conferencia sobre el castillo de la Aljafería de Zaragoza, el Excmo. Sr. D. Francisco Iñiguez Almech, Comisario del Patronato Artístico Nacional.

El General Marqués de Sales, Presidente de la Asociación, presentó ante el numeroso y distinguido auditorio que llenaba la sala, al eminente arquitecto, cuya labor al frente de la Comisaría que rige es bien conocida, tanto por la protección dispensada a nuestros monumentos, que en él hallan permanentemente a su más cumplido y celoso defensor, como por sus grandes trabajos profesionales de ese mismo orden, a los que se debe la restauración de numerosas construcciones antiguas, entre las que sobresalen las obras modernamente realizadas en los castillos de Loarre y de la Mota de Medina del Campo, así como en el de la Aljafería de Zaragoza, sobre el que versó su conferencia.

Como era de esperar, las palabras del señor Iñiguez constituyeron una verdadera y amenísima lección, expuesta en tono llano y sincero, que cautivó a los oyentes, por la clara y franca exposición con que el distinguido profesor presentó las diversas y complicadas fases del tema, lleno, en verdad, de grandes dificultades. A lo que debe añadirse la nutrida y valiosísima documentación en que apoyó su disertación, compuesta de copiosos antecedentes, tanto escritos como gráficos, referentes a la Aljafería, y de una gran cantidad de planos, alzadas, secciones y dibujos, que demostraban la continua y penetrante atención del conferenciante para descubrir, fijar y conservar los vestigios subsistentes en el ingente castillo zaragozano, así como para resolver los infinitos problemas que dichos restos promueven para

su más acertada interpretación. Problemas, en su mayor parte, dilucidados por la alta competencia del señor Iñiguez y por el cariño que, como buen aragonés, guarda a esos muros venerables, entre los que se encierran unas páginas gloriosas de la historia de Aragón, que hubieran debido librarles del lastimoso destino al que hasta ahora han estado sometidos.

* * *

El castillo de la Aljafería de Zaragoza es un monumento de valor y de carácter realmente excepcionales. Situado fuera de recintos, sobre un llano emplazamiento, su caso es inusitado y sin precedentes en España, y hasta en Europa, y para hallar algo semejante habría que dirigirse a Oriente, para buscar en las construcciones de las primeras dinastías omeyas, levantadas en Siria y Mesopotamia durante los siglos IX y X, las fuentes de sus primitivos antecedentes. Aun así, la fortaleza zaragozana superó, en nuestro sentir, a muchas de ellas, por sus rasgos y proporciones, y basta compararla con los castillos de Tuba y Haraneh, estudiados por los Padres Jaussen y Savignac, o con el de Qasr-El-Heir y el de Amman, descritos por Albert Gabriel, y otros varios, cuyas filiaciones son bien conocidas, para apreciar la manifiesta superioridad de la Aljafería, tanto en sus manifestaciones artísticas como por sus caracteres de fortaleza.

El origen del castillo ha de fijarse entre los siglos IX y X, antes citados, como obra del Califato cordobés, al que representa en muchas de las partes aun conservadas. Su primitivo destino debió dirigirse a constituir una obra fortificada que vigilara y protegiera a la ciudad y, al mismo tiempo, pudiera servir de casa de recreo, al igual que, más tarde, se erigirá el Generalife de Granada. En el siglo XI, el rey árabe de Zaragoza Abu Chafar o Abu Jafar, a quien, por otro lado, se atribuye su fundación y al que debe, por lo menos, su nombre de «Al-Jafariya», le dedicaba un sentido poema, en el que, luego de aludir al «salón dorado», de que ya estaba dotado, le calificaba y ensalzaba como «casa de regocijo».

De tan remotos tiempos, a pesar de las grandes transformaciones y mutilaciones sufridas en su larga y, en ocasiones, muy movida historia, la Aljafería alberga aún unos preciados vestigios, en los que el arte cordobés fue traducido con gran fantasía e imaginación, creando unas producciones artísticas únicas e insuperables, representadas por esos arcos conservados en el Museo Arqueológico Nacional y en el de Zaragoza, cuya composición, el señor Iñiguez ha logrado desmenuzar e interpretar por

medio de delicados dibujos, que hacen ver su trama y desarrollo, verdaderamente originales.

Aunque se había imaginado que del palacio árabe no quedaban ya otros testimonios que los citados arcos y la pequeña parte conservada de su mezquita, la minuciosa labor de prospección que desde hace tiempo se viene realizando en el inmenso edificio ha dado por resultado el descubrimiento de otros valiosos restos, hasta ahora escondidos e ignorados. Entre ellos, figuran las placas de alabastro que decoraban al Mirhab, al que se creía revestido, como de costumbre, de finos azulejos. Dichas placas están primorosamente labradas, con inscripciones que comprenden casi todo el Corán. Tales descubrimientos animan a pensar en otros posibles hallazgos, que irán completando la fisonomía del castillo durante el dominio musulmán.

Luego de la Reconquista, a principios del siglo XII, la Aljafería sufrió grandes reformas, llevadas a cabo por los reyes aragoneses, quienes, sobre la obra primitiva, erigieron una construcción ojival que la destruyó en mucha parte. Cuando en 1271 nace allí Santa Isabel de Portugal, hija de don Pedro III, el castillo es ya un espléndido palacio gótico, del que asimismo se conservan—y se descubren—hermosos restos. Pero los trabajos principales del periodo medieval parecen corresponder al reinado de aquel gran monarca, inteligente y activo, que fue el rey don Pedro IV, único en comprender y proteger el Partenón, acaso por él salvado de la destrucción a que su empleo como fortaleza parecía condenarle. Si en sus actos políticos fue quizá bastante desgraciado, por las circunstancias harto críticas en que vivió, como legislador, ingeniero y constructor, apenas si puede igualársele, pues a él se deben la renovación y edificación de muchos monumentos militares subsistentes en los antiguos dominios de la Corona de Aragón, a cuyos Municipios obligó constantemente a reparar o levantar castillos, cercos y murallas, llegando, a veces, como en el castillo de los Fayos, a disponer por sí mismo la planta y trazado de algunas de sus torres. Como ya hemos dicho en otras ocasiones, la obra fortificadora del rey don Pedro IV, así como su legislación y disposiciones castrenses, merecerían ser estudiadas con detenimiento, del mismo modo que su nombre debiera figurar a la cabeza de las nóminas de ingenieros militares grabadas en el Museo del Ejército, a la par de otras eminentes figuras que allí faltan igualmente.

A partir de 1352. el Rey Pedro IV emprendió en la Aljafería unas serias obras de transformación, más tarde continuadas por los Reyes Católicos, a quienes se deben las partes más importantes que hoy vemos. El Rey Fernando, en su atención y cariño

por el viejo palacio, en el que preferentemente residió durante sus estancias en Zaragoza, trató de convertirlo en regia y suntuosa morada, y aunque para ello hubo necesidad de derribar muchos restos valiosos del antiguo Alcázar musulmán, como sucedió con la Mezquita, cortada en su altura por espléndido artesonado, el castillo quedó transformado en una de las residencias palacianas más bellas de la época, según podemos hoy mismo comprobar

En la historia de la Aljafería como fortaleza hay, sin embargo, otro periodo sobre el que los investigadores no se han fijado todavía, a pesar de la gran importancia que en nuestra opinión posee y de la documentación existente en Simancas y en el Servicio Histórico Militar, hasta ahora apenas conocida y nada divulgada. De ese periodo arrancan hechos decisivos para la vida futura del castillo, y sería de desear que las actuales investigaciones, encaminadas solamente a descubrir y estudiar las partes musulmanas y medievales, esto es, las manifestaciones artísticas del edificio, se completaran con la observación de las diferentes obras y transformaciones sufridas por la Aljafería desde el siglo XVI, en que se convierte en una fortaleza abaluartada, hasta el final del siglo XVIII, en que se la desarma y humilla, borrando toda su estructura verdaderamente militar para reducirla a la condición de un simple y ordinario cuartel, de líneas secas y vulgares, que mucho después obligaron, por sus mismos antecedentes y prosapia, a levantar esas torres angulares seudogóticas que hoy tiene, las cuales, pese a su gran modernidad, han aliviado, en efecto, la pobre y banal presencia que los fríos e insensibles reedificadores del siglo XVIII le dejaron.

Durante ese periodo que citamos, la Aljafería sufre unas reformas, de carácter positivo las unas, aunque negativas las más. Pero todas ellas contribuyen, acaso más poderosamente que las de la Edad Media, a transformar al castillo en el estado en que hoy le vemos, y repetimos: en nuestra opinión, el estudio y conocimiento de esos trabajos, fatales, desde luego, para la construcción musulmana y medieval, se hace indispensable, a fin de poder establecer la trayectoria de la vida total del castillo hasta nuestros días, al mismo tiempo que su historia. Es de esperar que, como complemento de la admirable labor que hoy se hace, de la que la notable disertación del señor Iñiguez nos dió cuenta, esas investigaciones que proponemos lleguen a realizarse también, con lo que el pasado constructivo y militar de la Aljafería quedaría completamente ultimado.

Los sucesos acaecidos en tiempos de Felipe II, cuando las alteraciones promovidas por la prisión de Antonio Pérez, hicieron pensar al Rey Prudente en la necesidad de fortalecer a Zaragoza, para lo cual, en principio, se trató de construir unas obras abaluartadas de planta, a base de una poderosa ciudadela, proyectada en 1592 por el Capitán Francisco de Miranda. Dicha ciudadela, que debería ser igual o mayor que la de Pamplona, habría de situarse sobre el «campo del Toro», extramuros de la ciudad, a la que podría sujetar y dominar. Al mismo tiempo, para cubrir y cerrar el viejo puente de piedra, se intentaba emplazar un fuerte en Altabás, combinado con otras defensas secundarias, que harían de Zaragoza una plaza fuerte, como las que por entonces se erigían en Jaca y en la capital de Navarra.

El desarrollo de los acontecimientos y, sobre todo, las dificultades económicas arrumbaron por fin tales proyectos. Mas como la Aljafería, hasta entonces ocupada por la Inquisición, había sido objeto de algunas ofensas durante las citadas alteraciones y porque su emplazamiento se prestaba para establecer una fuerza suficiente para contener a la ciudad, surgieron los proyectos y obras del Comendador Tiburcio Espanochi, uno de los ingenieros de la mayor confianza del Rey, cuyos planos y perspectivas, conservados en el Archivo de Simancas, nos dan cuenta de la transformación sufrida por el castillo, al que se dotó de un nuevo recinto exterior, de trazado cuadrangular, provisto en sus ángulos de sendos y pequeños baluartes acasamatados, con dos plantas o baterías cubiertas por tejados, los cuales fueron bautizados con los nombres de San Lamberto, San Felipe, Santa Lucía y del Portillo. Este recinto se rodeaba, salvo a la parte del Oeste, de ancho foso, sobre el que Espanochi estableció el famoso puente levadizo que, según Zastrov, le dio nombre.

En los informes que acompañaban a esos planes, Espanochi daba cuenta al Rey de la marcha de sus trabajos, tanto exteriores como internos, citando la «sala de los mármoles», la capilla de San Jorge, la armería y la torre del Alcaide, cuya deficiente construcción censuraba. En julio de 1592, simultáneamente con los proyectos del Capitán Francisco de Miranda, enviados y recomendados por D. Alfonso de Vargas, Jefe del Ejército de ocupación de Aragón, el citado Comendador, consultado por el Rey, había remitido desde Jaca, de cuya ciudadela fue autor, otro proyecto sobre la Aljafería, la que se pretendía transformar radicalmente, creando en ella una recia fortaleza con cuatro amplios baluartes, unidos por un camino cubierto con un pequeño reducto sobre el Ebro, para asegurar sus comunicaciones exteriores y los auxilios que fueran necesarios. En

este plano, que el Sr. Iñiguez expuso como uno de los más antiguos del castillo, aparece parte del recinto medieval de Zaragoza, con sus torres cuadradas muy acumuladas. Pero como ello supusiera harto gasto, el Rey debió decidirse por el primer proyecto o traza de Espanochi, a quien encomendó la dirección de las obras, que debieron comenzar en 1593.

Este conjunto, que las acuarelas hasta aquí totalmente inéditas del referido ingeniero nos hacen conocer en su integridad, convirtió al viejo castillo en un bello y extraordinario monumento que, de conservarse, hubiera dotado a la ciudad de algo único en su género. Los planos posteriores existentes, entre ellos el muy completo firmado por Miguel Marín en 1757, que el Sr. Iñiguez ha publicado también, nos enseñan lo que era la Aljafería en el tiempo, pintoresca y atrayente construcción, en la que la obra medieval, respetada casi por completo, se armonizaba con el recinto del siglo XVI para componer una fortaleza mixta, que por su llano emplazamiento y, por lo mismo, por sus singulares y apretadas perspectivas no tenía igual en España. Pero las desatentadas reformas de fines del siglo XVIII arrasaron y desmantelaron tan original y bella estructura, reduciendo el castillo a un edificio corriente y vulgar, propio tan sólo para el destino de parque y de cuartel que hasta el día ha desempeñado. La torre del Alcaide y los torreones desaparecieron, borrados o sumergidos en la nueva edificación. Se allanó y arrasó el recinto exterior con sus baluartes. Desapareció también la histórica capilla de San Jorge y se destruyeron o alteraron algunas de las suntuosas estancias, en tanto que en las que quedaban se instalaban unos depósitos de armas, cuya vista entristecía y contrastaba con sus ricos artesonados y decoraciones. Del castillo primitivo quedó únicamente la famosa torre del Trovador, antiguo homenaje, desmochada y cubierta por mísero tejado, y todo el edificio fue sometido al duro, aunque obligado, trato que requieren los alojamientos de soldados. Es posible que muchas de esas partes y hasta algunos torreones se hallen todavía entre sus muros. Pero, en nuestro sentir, será muy costoso y hasta imposible volver a dar al castillo su antigua fisonomía exterior, que tanto realce hubiera prestado a las riquezas actualmente descubiertas.

* * *

Como construcción militar medieval, la Aljafería poseía una serie de detalles, hoy borrados, muy notables e interesantes. Provisto de dos torres mayores—la del Homenaje y del Alcaide—, que las perspectivas de Espanochi nos dibujan, se hallaba ceñida en sus frentes por 15 gruesos torreones, circuidos por un foso.

La planta circular de dichos torreones ofrecía ya serios contrastes, no solamente con los caracteres de la fortificación califal a la que debía su origen, sino con los mismos muros de la ciudad, que en los citados planos de Miranda y de Espanochi aparecía conservando su recinto primitivo a base de torres rectangulares bastante multiplicadas, propias de la arquitectura militar musulmana, que si no desdeñó el uso de las torres circulares, marcó su predilección por la planta rectangular, que se avenía mejor con las circunstancias de lugar y de tiempo en que la mayor parte de sus obras fortificadas fueron levantadas en España. Ello induce a creer que los citados torreones y dos menores de la estructura que conocemos, pertenecieron a la gran reconstrucción del siglo XIV, hecha por el Rey D. Pedro IV, con cuyos caracteres todas esas obras convenían.

De otra parte, la existencia de la torre del Homenaje, en cuyas plantas bajas se conservan, según el Sr. Iñiguez nos enseñó, arcos de sustentación trazados en herradura, que habrían de provenir de la fortaleza primitiva, provoca otro enigma, pues que, como es sabido, hasta el siglo XIII, las fortalezas musulmanas, derivadas de las bizantinas, carecieron de este género de torres, que, como Terrasse indica, fueron tomadas después de la arquitectura militar cristiana.

Por todo ello, la Aljafería de Zaragoza constituye un valiosísimo monumento, merecedor del estudio y atención que el señor Iñiguez constantemente le dedica. Entre las muchas cosas que tenemos que agradecer a este eminente Profesor, que tanto honra la arquitectura nacional, figura esta generosa y apasionada labor en favor de este abandonado castillo, cuyo rescate debe conseguirse a todo trance, para proporcionarle después el destino que merece por su glorioso pasado, como exponente y hasta cabeza que fue del reino de Aragón, que en él debiera depositar el rico fondo de sus tradiciones.

No es necesario decir la atención con que el público siguió tan docta disertación y los aplausos y hasta el reconocimiento que el Sr. Iñiguez provocó por sus profundos y ejemplares trabajos, que bastan para enaltecer una vida profesional, tan noblemente entregada a la defensa y protección de las piedras monumentales españolas. Por nuestra parte, al rendir a tan ilustre Profesor el homenaje de nuestra respetuosa y sincera admiración, nos permitimos exponer el deseo, por todos compartido, de que estas provechosas conferencias sean repetidas y de que el distinguido Comisario del Patrimonio Artístico Nacional continúe honrando a esta Asociación con sus sabias y aleccionadoras enseñanzas.

Madrid, julio de 1955.

CRONICILLA DE UN VIAJE COLÓN PEDRAZA CASTILNOVO

Por JUAN SAMPELAYO



Don Cristóbal Colón, desde el día que descubrió a América, no mira ya a nadie; no mira a las chavalas que van Castellana arriba; no mira a las «chachas» que van a llevar a las niñas de paseo; no mira a las señoras de buen ver que van de compras. Y si don Cristóbal no mira todas esas cosas, ¿cómo iba a mirar a los Amigos de los Castillos que se iban de excursión? Que se iban a visitar un castillo con historia de tiempo de los moros, pero que tiene calefacción central, cuarto de baño y camino lleva de tener ascensor.

Tres coches buenos y bonitos y diez caballeros en ellos. Caballeros de todas las edades y todas las profesiones, desde el que tiene muchos y buenos Consejos de Administración, al que tiene que escribir treinta o más artículos al mes, pasando por el que tiene que hacer planos y estudiar agricultura, por el que tiene que ir a la oficina. Bueno, que allí había de todo, por lo que a las profesiones se refiere, que en cuanto al atuendo, casi todos eran de americana con aberturitas.

Fresco y bonito el campo, y arriba, en Navacerrada, con niebla y llovizna: cerveza. Luego, otra vez verdes campos. las ovejas los pastores y, por fin, Pedraza.

Pedraza es un pueblo dormido. Los diccionarios cuentan que tiene 676 habitantes, pero el viajero no encuentra más que tres o cuatro por las calles. En Pedraza está en las afueras del pueblo el castillo, con sus fuertes muros y sus bellos patios. Ante aquéllos, el general marqués de Sales ve idealmente dónde estaban las piezas artilleras de los días remotos en que aquí había batalla. En el patio, Casto Fernández-Shaw hace fotografías en color con ilusión de chico. El castillo de Pedraza tiene una lejana, grande y hermosa historia, con reyes y héroes en torno; tiene también una historia moderna, con un dueño que es genio de la pintura española contemporánea: Ignacio Zuloaga.

En la mañana de abril, en Pedraza, la villa en la que ahora tiene una casa antigua una dama guapa e inteligente: Marcela de Juan, hay recuerdos de don Ignacio, viejos libros, hay, y esto es lo mejor de todo, el paisaje de Castilla por el ventanal. Allí estaba la castellana. Es una dama francesa, la castellana de Pedraza. Nos habló del castillo y de Zumaya; habló de París y de sus colecciones. Si el castillo de Pedraza es hermoso y en la villa no hay críos jugando en la plaza, hay, eso sí, un reloj iluminado por una bombilla, y hay también unos huevos fritos y un cordero de campeonato.

Huevos fritos, jamón y cordero, que en la vieja fonda ofreció el marqués de Quintanar a los que luego a la tarde íbamos a ser sus huéspedes en su castillo de Castilnovo.

Café, y otra vez el viaje bajo la lluvia. La lluvia se acabó el llegar a Castilnovo. El castillo se alza fuerte y heroico entre el campo verde y los sembrados pardos. Castilnovo, que se llamó Galofre, tiene en su historial a Abderramán y a Juan II; en el libro de firmas, al general Varela, capitán heroico, y a Antonio Ferro, que descubrió el Portugal de hoy a las gentes del mundo.

El ayer remoto, en los grandes muros, en las torres, en lo que una llama la terraza, y Federico Bordejé—el más sabio castellólogo del mundo—llama como se la debe llamar, que yo no lo sé; el hoy, en los muebles cómodos, en los retratos, en el café que la castellana, otra vez, una dama francesa, alta, bella y amable sirve con gentileza.

Calderón tira unas placas en la terraza, ordenando los grupos; el conde de Gamazo, hecho a sillones buenos de Consejos, se sienta por el suelo para la fotografía; el arquitecto Valentín Gamazo se da también a los retratos.

Fernando Quintanar, señor de la casa, derrocha una vez más cortesía y saber. Carlos María Franco, a micrófono abierto, le hace una bonita entrevista para el magnetofón de la Radio Madrid. Una entrevista en que el marqués echa amenidad y erudición, en que Carlos María Franco echa buen periodismo, gracia y alegría.

Antonio Prast y Bordejé se enzarzan en una discusión amable de Abderramanes y Alvaros de Luna. La tarde va cayendo; hay un paseo en torno del castillo, que dirige Quintanar hijo; hay otra vez unos «whiskys»; hay que regresar.

Volvemos a los coches. El general y el conde hablan de castillos, de libros; hablan del «todo Madrid». Uno mete de vez en cuando la cuchara; luego está Somosierra, y aunque hay un poco de nieve, nos creemos los tres que volvemos de bañarnos en Ondarreta, de pasar la tarde en Bayona, tomando chocolate en Guillot.

NOTICIAS

Después de una estancia prolongada en España, el súbdito californiano D. Oliver Washburn, de Berkeley, miembro de nuestra Asociación, al volver a su país y ser requerido por nosotros para que nos manifestase sus impresiones personales sobre los castillos de España, nos dejó una cuartilla escrita, que transcribimos por su simpática expresión.

El Sr. Washburn se hizo acreedor a nuestro sincero afecto, por sus cordiales visitas a nuestra oficina, en donde adquiría las informaciones que necesitaba, de la colección estimable de libros que se va reuniendo en la biblioteca social.

Desde este BOLETÍN le enviamos un saludo afectuoso y le deseamos el mayor éxito en la realización de sus propósitos en favor de nuestros castillos.

«Acabo de terminar una serie de visitas a 180 de los castillos españoles, habiendo ido en mi coche más de 27.000 kilómetros por todas las regiones de su país. Ha sido mi propósito sacar fotos de los castillos de blanco y negro y de colores, además de buscar datos acerca de cada castillo, con el fin de preparar después un libro en inglés titulado «Castles in Spain». En los Estados Unidos desconocen los castillos españoles, y espero que la información y las fotos que llevo ahora sirvan para dar a conocer al público norteamericano el tema de los castillos, y que se despierte más interés por éstos entre nuestros turistas que vienen a España.

Lo que más me ha gustado de los castillos españoles es que la mayor parte, aunque hay muchos en ruinas, se ven como eran y no se han cambiado durante los siglos, como se ha hecho con los castillos en otros países. Aquí, ante las murallas de los castillos es posible evocar los hechos históricos sin tener que imaginarse cómo eran estos castillos antes. Sobre todo por fuera son como eran.

En España he tenido el gran placer de conocer a muchos amigos dispuestos a ayudarme. A veces me han llevado *da camera*, me han guiado y me han explicado la historia de su castillo con orgullo. A todos estos amigos de todas las regiones de España y a los socios de la A. E. A. C., los saludo cariñosamente al despedirme de ellos. Esta Asociación ha logrado hacer mucho. Siempre seguiré con gran interés su progreso.»

El señor Washburn nos ha mostrado la colección de fotografías obtenidas, y podemos asegurar que le acreditan de un verdadero artista.

Hemos recibido la cordial visita de nuestros asociados don José M.^a de Enciso y su distinguida esposa, para hacernos entrega de una colección de fotografías exteriores e interiores de su castillo de la Corzana, en Alava, para nuestro archivo social.

Mucho agradecemos tan valioso presente, que testimonia el aprecio que sienten por nuestra Asociación, coadyuvando así a la realización de nuestros fines

El castillo de la Corzana (casa señorial y torre), amueblado con enseres antiguos de tipo regional, constituye un buen ejemplo de lo que puede conseguirse con amor, para la conservación de nuestros edificios castrenses de la antigüedad.

Poco a poco y gracias a estas donaciones particulares, se va enriqueciendo el fichero de nuestro naciente archivo, que espera que estos ejemplos sirvan de estímulo, para que otros les imiten.

Nuestra gratitud a los Sres. De Enciso.

* * *

También nuestro nuevo asociado D. Juan J. de la Rosa, de Jaén, nos ha remitido tres excelentes fotografías del castillo de Santa Catalina, de aquella capital.

Su envío nos augura contar con un asociado entusiasta colaborador.

Nuestras sinceras gracias.

* * *

RESTAURACION DEL CASTILLO DE CANENA (JAEN)

La Comisaria del Patrimonio Artístico Nacional nos comunica se están llevando a cabo las obras de consolidación y restauración del castillo de Canena. Se procedió en primer lugar a la consolidación de las cubiertas, como primera providencia para su conservación. Se han efectuado varios recalces de muros y la demolición de algunos rincones que no afectaban a la integridad del castillo. Ultimamente se ha restaurado el patio, consolidando las cornisas e impostas, balaustradas, etc. Se ha colocado nuevo pavimento con losas de piedra. Se procede actualmente a la restauración del zaguán de la entrada principal y de la logia de la fachada Sur.

* * *

Han quedado constituidas las Secciones Provinciales de Barcelona, Jaén, Granada, Badajoz, Segovia y Toledo, cuyos detalles se darán a conocer en el núm. 11, correspondiente al cuarto trimestre próximo.

BIBLIOGRAFIA

RYCKMAN DE BETZ (Barón de).—*Les Ryckman. Cinq cents ans d'histoire familiale, sociale et économique*. Bruxelles, 1952. De Noble. 460 págs., illustrations, 4.º

Toda la nobleza debería seguir el ejemplo del Barón de Betz, que, al mismo tiempo, sabe conservar sus archivos familiares y los aprovecha para la investigación histórica por sí mismo. Esta labor la ha realizado con un cuidado—podríamos decir cariño—y una erudición verdaderamente dignos de alabanza. En el libro que acaba de publicar estudia la etimología y la ortografía de su apellido, sus armas, sus señoríos, los feudos poseídos por sus antepasados desde fines de la Edad Media, con sus castillos—haciendo, en la descripción de los todavía existentes castillos de Betz, que da nombre a la familia, como subtítulo, y de Winghe, una documentada y viva historia de ellos, sumamente interesante—y la genealogía de los Barones de Betz, sazonando esa enumeración, que de otro modo sería ciertamente indigesta, con una serie de anécdotas curiosísimas sobre la vida, la fortuna y los cargos que esos señores ejercieron a través de los siglos.

E. S. A.

ESCALAS CAIMARY (Jaime).—*Las murallas de Palma*. Palma de Mallorca, 1955. *Panorama Balear*, núm. 44. Monografías de arte, vida, literatura y paisaje, dirigidas por Luis Ripoll Arbós. Impreso en talleres Mossén Alcover, 16 págs., contraportadas con texto, 8.º

Es una interesantísima monografía sobre los primitivos recintos de Palma y sus fortificaciones, historiando los hechos acaecidos en la muralla árabe. Luego trata de la construcción de la muralla cristiana; traza una breve historia de las murallas en general y de su desaparición, con estas palabras: «Las poderosas murallas de Palma, consideradas inexpugnables cuando su construcción, iniciada en el siglo XVI y terminadas el XVIII, fueron dadas de baja en 1902. Iniciado este mismo año su derribo, fueron desapareciendo muy lentamente, derribo que terminó en el 1932 con la última sección que quedaba desde el baluarte de Sitjar.» En resumen, un cuaderno bien documentado y bellamente escrito, con excelentes ilustraciones; siete en total.

En la misma selección dicen tener en preparación otro trabajo monográfico sobre el castillo de Alaró.

J. S. y D.

DOTOR (Angel), de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—*Castillos de España*. Artículo extenso y bien ilustrado, con un mapa de los castillos españoles, inserto en el *Cartel de la Actualidad*, mural educativo, número 6, año 1955. Ministerio de Educación Nacional, Comisaría de Extensión Cultural, Madrid.

Nuestro distinguido consocio y miembro de la Junta directiva, D. Angel Dotor, no cesa de prodigar su vasta cultura y sus grandes conocimientos en materia de fortificación militar, a través de múltiples y bien escritos ensayos. El presente es una panorámica de nuestras fortalezas, de todas las provincias de España, agrupadas por regiones.

Es de agradecer al Ministerio de Educación Nacional y a su Comisario de Extensión Cultural, Sr. Jiménez Quilez, estos trabajos de divulgación tan útiles y gratos, especialmente cuando son escritos por personas de la competencia y valía de D. Angel Dotor.

J. S. y D

* * *

El número 9 de nuestro BOLETÍN social constituía el primer número del tercer año de su publicación, debiendo haber figurado, tanto en la cubierta como en la cabecera de su tercera página, Año III y no Año II, teniendo en cuenta que la publicación no comenzó en año natural, sino en el segundo trimestre del año 1953.

**¡LA GRAN PELICULA TAURINA
QUE DEBIA EL CINE ESPAÑOL!**

TARDE DE TOROS

(COLOR)

UN EXCEPCIONAL REPARTO ENCABEZADO

POR

Domingo Ortega
Antonio Bienvenida
Enrique Vera
Maruja Asquerino
Marisa Prado
Jorge Vico
Manolo Morán
Jesús Tordesillas
Juan Calvo

DIRIGIDA POR

Ladislao Vajda



OTRA SUPERPRODUCCION CHAMARTIN QUE SE HARA
FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

Tan famosas

COMO LOS VIEJOS CASTILLOS ESPAÑOLES, SON
HOY LAS FORTALEZAS INDUSTRIALES QUE SITUADAS
ESTRATEGICAMENTE DEFIENDEN LA ECONOMIA
NACIONAL



MANUFACTURAS FOTOGRAFICAS
ESPAÑOLAS, S. A.

HA LANZADO AL MERCADO DOS PRODUCTOS DE
EXCEPCIONAL CALIDAD:

PELICULA CINEMATOGRAFICA
y
PELICULA RADIOGRAFICA

FACTORIA:
Calle de la Reina
ARANJUEZ

NUEVAS OFICINAS:
Avda. de José Antonio, 84
Tels. 32 09 99 y 32 02 31
(Edificio España)-MADRID

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital social.....	500.000.000	~Ptas.
Capital desembolsado	462 500.000	>
Reservas	634.000.000	»
Capital desembolsado y reservas...	1.096.500 000	>

CASA CENTRAL Y DEPARTAMENTO EXTRANJERO

Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Lagasca, núm. 40
Atocha, núm. 55	Legazpi (Gta. Bta, M.ª Ana Jesús, 12)
Av. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Av. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Bravo Murillo, 300	P.ª Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, 49	Pte. Vallecas (Avda. Albufera, 20
Duque de Alba, 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, n.º 19	Sagasta, núm. 30
Fuencarral, n.º 76	San Bernardo, 35
J. García Morato, 158 y 160	Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.700

